

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

1873. — TOMO XLI.

Administracion general y Redaccion : Passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 32. — N° 1,059.

SUMARIO.

Sucesos de España; grabado. — Velazquez. — Romanes americanos. — Africa; grabado. — La Semana Santa en Toledo; grabado. — Revista de Paris. — El testamento de M. Arkley. — Bellas Artes : « El anillo de los desposorios; » grabado. — El manuscrito de un loco. — Boletín de conocimientos útiles. — La Nueva Caledonia; grabados. — Hace cien años. — El caballo rehacio; grabado.

Sucesos de España.

Damos en esta primera página el retrato del cabecilla Saballs, uno de los principales jefes que tiene la insurreccion carlista en Cataluña. El hecho de armas mas notable en que hasta ahora ha figurado, ha sido la toma de Berga, cuyo parte oficial detallado inserta la *Gaceta* de Madrid del 6 de abril, y está concebido en los siguientes términos :

« Ejército de operaciones de Cataluña. — Estado Mayor. — Excelente señor : La rendicion de Berga ha sido, como ya indicaba anoche á V. E., una traicion de su comandante militar Morales; y no podia ser otra cosa si se tiene en cuenta que una ciudad, que se presta mucho á la defensa por encontrarse en anfiteatro y dominada por la fortaleza que evita los ataques por la parte alta, y todo su recinto fortificado convenientemente para resistir las facciones, que no cuentan sino con un mal cañon de hierro calibre de á cuatro, no se ha defendido sino unas cuantas horas, cuando tenia un gran repuesto de municiones, y una guarnicion de 450 á 500 hombres, capaz, no solo de defenderse, sino de atacar y vencer á los carlistas que aqui se presentaron, que no fueron mas que unos 700, pues otros muchos encuentros ha habido en esta guerra en que con mas desventaja numérica han alcanzado las tropas la victoria.

Se está instruyendo sumaria, y hasta ahora resulta que solo los voluntarios francos y los del pueblo, con unos cuantos soldados, han hecho la defensa : que Morales tuvo la

tropa encerrada en el cuartel, sin mandar socorros á ninguna parte, por mas que los puestos del recinto lo reclamaron varias veces; y por último, que cuando unos cuantos oficiales trataban de apoderarse de él para proveer por su parte la defensa, abrió á las facciones la puerta del cuartel, en donde ya se habian reconcentrado todas las tropas, que desmoralizadas por la conducta de su jefe, fueron desfilando entregando las armas antes que aquellos pudieran evitarlo.

El simulacro de capitulacion que ajustaron fué confiarse por completo á la palabra de honor de los cabe-

cillas y del llamado infante Don Enrique, que despues de eludir con el auxilio del comandante militar el firmar un acta les ofrecieron sin embargo, ya prisioneros, la conservacion de la vida á todos, promesa formal que no han cumplido; pues desgraciadamente á estas horas Saballs ha fusilado, mejor dicho, asesinado á bayonetazos y puñaladas 67 voluntarios de los que se llevó.

Como V. E. ve, no cabe prevision que evite un suceso tan inesperado y poco probable : si la plaza se hubiera defendido veinte y cuatro horas, como podia hacerlo, aun cuando hubiera contado el enemigo con poderosa artilleria y fuerzas diez veces mayores, las columnas llegarán á tiempo de socorrerla. El enemigo se ha llevado el armamento y parte de las municiones que aquí habia, cuyo número no puedo precisar por no tener aquí dato alguno, y encontrarse prisioneros los oficiales del destacamento que pudieran saberlo.

La oportuna llegada de las columnas ha evitado que la poblacion se vea casi totalmente destruida, pues habian ya pegado fuego con petróleo á varias casas, á una iglesia y al cuartel; y el vigoroso ataque de la columna Campos les hizo efectuar una precipitada retirada, que les ha impedido hacer efectiva la contribucion de 20,000 duros que habian impuesto á la poblacion. En este combate la infanteria ha tomado con entusiasmo rocas casi inaccesibles en que aquellos se habian situado, y pocas veces se ha batido con mayor ardimiento.

A mi modo de ver, esta entrega, que se inicia con traiciones y continúa con escenas de vandalismo, y de la que los carlistas se proponian sacar grandes resultados, ha puesto de manifiesto su impotencia hasta para conservar una plaza de tan buenas condiciones como esta, y levantado y excitado el espíritu del pais en términos que ha considerado conveniente ofrecerles garantías con la publicacion del bando que tengo el honor de remitir á V. E., y que regirá interinamente hasta que otro definitivo que estoy preparando sea circulado y publicado.

Tambien creo que el ejército las necesita : que los oficiales no teman su disolucion y se convenzan de que al defender la República defienden tambien sus intereses : de otra manera no es posible pedirles grandes esfuerzos; y á esta única razon es á lo que puedo atribuir, á mas del soborno, el que un oficial que como



El cabecilla Saballs, uno de los jefes de la insurreccion carlista.

Morales pasaba por distinguido, haya llevado á cabo la mayor de las villanías que le es dado á un soldado cometer.

Dios guarde á V. E. muchos años. Berga 30 de marzo de 1873. — Excmo. señor. — Juan Contreras. — Excmo. señor ministro de la Guerra. »

Velazquez.

(Continuacion. — Véase el N° 1,038).

Del mismo período y poseyendo las mismas cualidades son dos retratos suyos, el uno atribuido primeramente á Zurbaran; pero que ahora se sabe es del poeta Góngora, pintado en su primer viaje á Madrid, y el otro el de un hombre entrado en años, vestido de negro, con una gola al cuello, y cuyo nombre no se ha podido averiguar. Estos retratos tienen vigor, pero son oscuros y de un tono bronceado, siendo semejantes á ellos, aunque mas en bosquejo, los admirables retratos de su mujer y dos hijas.

Los consejos de Rubens habían inducido á Velazquez á modificar su primera manera, aun antes de que saliese para Italia. Se advierte esta diferencia en un retrato de Felipe IV, pintado poco antes de su salida, en el cual los tonos de la carne son mas transparentes y calientes que en sus obras anteriores, sin que tengan, sin embargo, la brillantez de los de Rubens, y faltándole además el relieve por razon de la ausencia de sombras.

Velazquez fué recibido y obsequiado en Venecia por el embajador español. El representante de la República en Madrid había prevenido de antemano al celoso y vigilante Consejo de los Diez, que el pintor debía llegar á la ciudad y que, á petición del conde duque, le había facilitado un pasaporte, pero al mismo tiempo les aseguraba que no había motivo de sospecha, porque el único objeto del pintor, segun tenia entendido, era simplemente el de adelantar en su carrera. A pesar de esto, consideraba su deber el escribir informando á sus excelencias de la próxima visita de Velazquez, á fin de que pudieran vigilarle. Inmensa sería la impresion que debió sentir al encontrarse con las obras de los grandes coloristas venecianos, Giorgione, Tiziano, Tintoretto y Pablo Veronés, que entonces estaban con toda su frescura y brillantez, sin haber sufrido del tiempo ni de los restauradores. Un nuevo campo se abría á los ojos del pintor español, y la incomparable belleza de la misma ciudad, sus canales y palacios, y los mágicos efectos de color que á cada paso encontraba, debieron aumentar su encanto. Cuando él recordaba despues su primera visita á Venecia, la consideraba como el acontecimiento mas agradable de su vida artística. Se decidió desde luego á copiar los cuadros que mas le impresionaron, entre ellos un famoso *Crucifijo* de Tintoretto (probablemente el de la escuela di San Rocco), y una *Cena* del mismo autor, por los cuales sintió predileccion especial. Obligado á abandonar á Venecia por causa de la guerra, se fué á Roma, pasando por Florencia y otras poblaciones, y recibiendo en el camino señaladas muestras de deferencia. Urbano VIII le ofreció un alojamiento en el Vaticano, cuyo honor renunció; pero no dejó de aceptar con gratitud el permiso del papa, que le facilitaba la entrada libre en todas las habitaciones del edificio, á fin de que pudiese estudiar cómodamente sus tesoros artísticos, y con este motivo se dedicó diligentemente á copiar con lápiz y pincel trozos de los grandes frescos que Rafael y Miguel Angel habían pintado un siglo hacia. Debido á la eficacia del embajador español, obtuvo además un permiso para vivir en la villa de los Médicis, hoy academia francesa, en Trinita dei Monti, y allí se ocupó en dibujar las hermosas estatuas antiguas y en hacer bocetos de los preciosos jardines del palacio, algunos de los cuales aun se conservan en el Museo de Madrid. Son, sin duda, obras maestras en su género, é interesan de una manera especial, porque muestran cómo veía y procuraba Velazquez el modo de representar la naturaleza. No había abandonado aun su tendencia á los fuertes contrastes de luz y sombra, y á un tono rebajado de color casi negro. Bajo este punto de vista, sus bocetos tienen un parecido grande con las obras de Canaletto, si bien están pintados con una mano mas libre y acaso mas segura, cuyo parecido se nota mucho menos en los hermosos estudios que hizo de los jardines de Aranjuez, que se conservan en el mismo museo.

Velazquez permaneció un año en Roma, donde debió conocer al Domenichino, al Guido, al Guerchino y á otras eminencias de la pintura que residían allí por entonces. Durante este tiempo pintó dos cuadros: *las Fraguas de Vulcano*, del Museo de Madrid, y *la Túnica de José*, que se halla en el Escorial. Ambos cuadros demuestran la influencia que ejercieron sobre él los coloristas italianos, y el cambio que se iba efectuando con grande rapidez en su primera manera. Aunque había pintado ya en España los *Borrachos*, copiando los tipos de gentes medio desnudas, nunca había tenido ocasion de estudiar de lleno el modelo vivo, por las prohibiciones especiales que la Inquisicion tenia establecidas. De aquí resulta el curioso contraste que

ofrece la comparacion de un grupo de pinturas españolas ó italianas, no solamente por el carácter ascético y sombrío de las primeras, sino por la casi ausencia de figuras desnudas que en ellas se nota: las desnudas Venus y Cupidos de la escuela italiana están reemplazadas aquí por santos y monges completamente vestidos. La Virgen, á semejanza de las reinas y grandes señoras de España, no puede aun enseñar el pie, y el niño Jesús se encuentra muchas veces envuelto hasta el cuello con el mas exquisito cuidado, fuera del supremo momento en que un santo sufre el martirio, no es posible pintarle sin las vestiduras. Velazquez se encontró en Roma libre de semejantes restricciones, y tuvo continua ocasion de copiar el modelo vivo, contando además con las representaciones mas nobles de las formas humanas en cuadros y en estatuas; sin embargo, bien sea á consecuencia de su primitiva educacion y costumbre, bien porque la tendencia de su genio caminase en direccion diferente, las obras que ejecutó bajo la influencia de los modelos italianos son inferiores de todo punto á sus cuadros españoles, prueba de que con su habilidad incomparable para copiar á la naturaleza, no tenia suficientes condiciones para las mas altas cualidades de un pintor, es decir, imaginacion y fuerza para idealizar sus asuntos. Los dos cuadros que pintó en Roma, aunque deben reconocerse en ellos talento y destreza de ejecucion, no son otra cosa que concepciones vulgares de los mismos asuntos que representan. Los modelos que había escogido están admirablemente copiados; pero son comunes y no tienen dignidad: Vulcano y sus compañeros son herreros de pueblo; Apolo es poco mejor que un paleta que cuenta al herrero un chisme de su mujer. A pesar de esto, se nota en el lienzo su acostumbrada fuerza de señalar la expresion y su creciente facilidad y franqueza de ejecucion, así como la ausencia de aquellas sombras pardas y pesadas que distinguen sus primeras obras, aun cuando el cuadro está rebajado de tono, sin excluir el fuego y el hierro candente preparado para el yunque. *La Túnica de José* está tratado del mismo modo que *las Fraguas de Vulcano*, y los modelos empleados para los ciclopes figuran entre los hermanos de José.

Despues de haber pasado un poco tiempo en Nápoles con su orgulloso paisano Rivera que había alcanzado una reputacion exagerada, Velazquez volvió á Madrid en 1631, despues de estar ausente menos de dos años. El recibimiento que le hizo el rey fué afectuoso, y mandó que se le dispusiera un estudio en palacio. Durante diez y ocho años y hasta tanto que practicó su segundo viaje á Italia, Velazquez gozó de los mas altos favores de la corte; casi nunca dejaba Felipe de pasar una parte del día en su estudio del cual el rey tenía su llave particular. Le nombraron ugiere de cámara, oficio que le proporcionó muchos disgustos y trabajos, y del cual hizo dimision en 1634 en favor del pintor Mazo, que estaba casado con la única hija que sobrevivía de Velazquez. Poco tiempo despues se le confirió el oficio de ayuda de la guarda-ropa, sin obligacion de prestar en el trabajo alguno, y á seguida se le dió tambien el cargo de ayuda de cámara. Su principal ocupacion consistía en retratar al rey, á las personas de la familia real y servidumbre, y á los mas ilustres de la grandeza. Pocas veces se ocupó de asuntos religiosos ó históricos. En el Museo de Madrid se encuentran solamente dos lienzos de esta clase que corresponden á su segunda manera, un *Crucifijo* y la *Rendicion de Breda*, en los cuales había abandonado ya su primer estilo. En lugar del tono pardo constante, sombras negras y contornos duros, adoptó un tono gris plateado, sombras transparentes, y una gradacion de tintas mas natural. Sus cabezas fueron modeladas con mayor esmero, con mas transparencia y menos frialdad en los tonos, á semejanza de Rubens y de los maestros venecianos. Los paisajes de los fondos son quizá demasiado azules, y de aquí que resultan algo monótonos de carácter. La ejecucion es franca, rápida y decidida; rara vez se tomó el trabajo de cubrir los arrepentimientos de los cuales algunos existen en sus cuadros. A este segundo período de su carrera pertenecen los retratos ecuestres de Felipe III y su mujer Margarita de Austria, y los de Felipe IV é Isabel de Borbon su primera mujer. M. Stirling opina que el de Felipe IV es el retrato ecuestre mas hermoso del mundo. Si este levantado elogio fuera merecido, que creemos muy dudoso, consistiría en que hay muy pocos con que poderlo comparar. Ciertamente está pintado con admirable verdad, y algunos trozos, tales como la cabeza del rey, y la del caballo, son tan hermosos como lo mejor que haya pintado, y colocadas como estaban sobre un fondo de luz, sin ningun accesorio artificial, son ejemplos muy notables de su destreza como colorista. Felipe está representado con media armadura de acero y oro, sobre la cual se destaca una banda carmesí, y lleva un sombrero con plumas blancas y pardas. Monta un poderoso castaño andaluz, con crines que caen hasta los estribos y cola grande y poblada. En su mano derecha lleva el baston de general. De esta manera deseó Felipe celebrar su entrada triunfante en Lérida, despues de haberla tomado en 1644. Estos cuatro retratos se pintaron á un mismo tiempo, con el objeto de que decorasen un salon del palacio, y por esta causa tienen una composicion convencional, y les falta la vida que Velazquez acostumbraba á dar á las obras de esta clase. Los trajes y los adornos están, sin embargo, ejecutados con el esmero mas exquisito. Un tono general gris domina en estos lienzos. Los retratos de Felipe III y de su mujer, á los

cuales nunca conoció Velazquez, fueron probablemente tomados de Pantoja, ó de algun otro pintor, y son tan inferiores á sus demás cuadros, que cuesta trabajo creer que sean suyos, á no ser que hayan sido completamente retocados.

Mas notable es todavia como carácter, y mejores ejemplos del genio de Velazquez son los conocidos retratos ecuestres de Olivares y del infante Don Baltasar Carlos. Montado en un caballo de batalla, que levanta el cuarto delantero en ademán de hacer la corveta, está el conde duque, con una armadura negra y dorada, sombrero de plumas, y levantando en su mano derecha la insignia de general. Jamás se había encontrado en ninguna batalla; pero le decían sus aduladores que solamente necesitaba una ocasion para que el mundo admirase sus talentos militares. Velazquez debió contribuir algo á su vanidad, representándole como el héroe de una batalla imaginaria. Tenía, sin embargo, la reputacion de haber sido, cuando joven, el mejor jinete de España. La cabeza de Olivares está admirablemente pintada, y el parecido debió sin duda ser perfecto; tiene el sello del carácter de un ministro que proporcionó tantas calamidades á su país, astuto y altanero, uno de los peores tipos españoles. La armadura, los arreos del caballo y todos los demás detalles están expresados con extraordinaria verdad. La pequeñez de la cabeza del caballo ha sido criticada acaso con justicia, y de la misma manera la postura del jinete, tan adelante, que casi parece que descansa en el cuello del animal.

Inmediato al retrato del conde duque está el de Carlos V, pintado por Tiziano. Ambos están colocados de manera que permite su comparacion inmediata. De este contraste resulta la mayor enseñanza posible para todos aquellos que deseen apreciar en justicia la diferencia que existe entre el genio de estos dos pintores, entre el *idealismo* y el *naturalismo*, el uno mirando á la naturaleza con los ojos de poeta, el otro satisfecho con reproducir literalmente, y con la mayor verdad, aquello que tiene delante de su vista. Si existiese alguna falta de verdad en el lienzo de Velazquez, consistiría en la accion un tanto artificiosa y exagerada del caballo y su jinete, porque el caballo está levantado en el mismo borde de un barranco, y el jinete dirigiendo con orgullo una batalla á la que no asistió jamás. En el gran retrato de Tiziano, el mas hermoso en su género, se encuentran reunidas, á la mas poética concepcion del asunto, una dignidad tranquila y un movimiento natural en completa armonía con el carácter y la historia del emperador. Carlos aparece empuñando la lanza, galopando contra el enemigo en la fatal batalla de Muhlberg, tan desastrosa para la causa protestante, la cual dirigió el mismo emperador. La dorada luz de la mañana se descubre á través de las nubes; el paisaje, llanura, montañas y árboles están en sombra, y la luz principal del cuadro se concentra en el pálido, ansioso y distinguido semblante de Carlos y en su lujosa armadura embutida de oro, sobre la cual se ostenta la banda carmesí bordada de oro, distintivo de general usado por la casa de Borgoña. Sobre su casco de acero flotan plumas carmesíes. Su caballo andaluz, regalo de Monsieur de Ri, caballero del Toison de oro, su primer gentil hombre, casi cubierto con la gualdrapa de terciopelo, galopa tranquilamente sobre la yerba. El semblante del emperador demuestra sus sufrimientos recientes, los cuales dieron origen á que se vistiera la armadura en semejante dia, obedeciendo solo á la fuerza de las circunstancias. Su voz era tan débil, que escasamente se le oía, pero su rostro pálido y descarnado, que los protestantes llamaban el difunto, tenía aquella mirada aristocrática y decidida que le hacia el mayor monarca y el primer caballero de su tiempo, y demostraba el valor y la energía que, segun los historiadores, animaba su débil cuerpo cuando llegaba el momento de la lucha. Hay una admirable poesia en esta pintura, producida por la mas perfecta armonía de color, de expresion y de sentimiento, que, sin apartarse de la naturaleza, es de tal intensidad, que solamente un pintor como el Tiziano ha podido llevar á término; Velazquez, que no contaba con estos altos dones de la imaginacion, no hubiera concebido el asunto del mismo modo. En el retrato de Olivares, el parecido y los detalles son admirables modelos de verdad, y la ejecucion técnica alcanza toda la perfeccion posible; pero le falta aquel idealismo, aquella version poética del natural que le da un encanto inexplicable al Carlos V de Tiziano, así como á todas las obras maestras de aquel gran pintor.

El precioso retrato ecuestre del príncipe Don Baltasar Carlos, hijo de Felipe IV, que murió joven, antes que su padre, fué pintado probablemente en 1635. El príncipe, de edad de seis ó siete años, está representado galopando de frente, en su jaca castaña, á través de los campos del Pardo, en una tarde de brisa. Viste un justillo bordado de oro y lleva botas altas. Su banda encarnada flota con el viento. Su semblante tiene la animacion y frescura de un muchacho. Su accion está llena de vida y de placer, lo mismo que en el retrato de Olivares, un tono azul plateado domina en el cuadro, especialmente en el paisaje, en donde se descubren en último término las crestas nevadas del Guadarrama. La sombra que produce el ala ancha del sombrero sobre la parte superior de la cara del muchacho, tiene la misma transparencia que las sombras de Pablo Veronés.

(Se continuará.)

ROMANCES AMERICANOS.

AL MAR.

Deten, ¡oh mar! tu procelosa furia
Y déjame admirar tu llano extenso,
Y sin tu trueno portentoso, inmenso,
Vea yo tu grandeza y esplendor.
¡Cómo me place, en agradable asombro,
A tus aguas brillantes y azuladas
Extasiado abrazar con mis miradas
Henchido el pecho de infinito amor!

¡Cómo entre tus hermosos horizontes,
Que forma el sol entre celajes de oro,
Encuentra el alma divinal tesoro
Y se consuela el triste corazón!
¡Cómo se embarga la confusa mente
Al escuchar tu inacabable acento,
Que ronco, sonoro y turbulento
Asombra y anonada la razón!

¿Quién sin admiración verá tus olas
¡Oh sacro mar! que bellas se suceden,
Y llegan, huyen y otras mil preceden
Y vánse entre las rocas á estrellar;
Y bramando se agolpan, se confunden,
Y en tu seno sin fin de azul y plata
La corriente furiosa se dilata
Y vuelve nuevas olas á formar?

¡Oh! que ya tu incansable movimiento
Absorta y enloquece los sentidos,
Y mis ojos te miran confundidos
Llanto tal vez vertiendo de estupor;
Y tú no cesas, mar, y mas soberbio
Y espantable te arrastras, rebramando,
Tus horribles zumbidos aumentando
Cada vez con mas ímpetu y furor.

¡Cuánto siempre te amé! desde la infancia
Buscaba yo tus playas deliciosas,
Y al frescor de tus brisas amorosas
Hallaba mi contento y mi placer;
Y luego jugueteaba en tus arenas
Y despues deslizaba por la orilla,
Donde la espuma plácida y sencilla
A mis desnudos piés iba á lamer.

¡Cuántas veces vagaba por tus rocas
Halagado por sueños de ventura,
Sin que fatal recuerdo de amargura
Viniera mis encantos á turbar!
¡Cuántas veces perdido y solitario,
En tu rugido fúnebre y doliente
Siempre encontró la entusiasmada mente
La dulce dicha y el feliz gozar!

Tus ondas espumosas y ligeras,
Bellas tumbas formando de brillantes,
Asombrosas venían y tronantes,
Inmensas, á estrellarse junto á mí;
Y en confuso monton, atropellados
Contemplaba sin fin tus movimientos,
Y embriagado en mis gratos pensamientos
Solo te amaba á tí, tan solo á tí.

Entregado en los brazos del deseo,
Mi alma contemplaba con ternura
Esos vagos fantasmas de ventura
Que vienen mil deleites á formar.
Del sol poniente y como nunca hermoso,
Siguiendo siempre su inmortal carrera
Extasiado, su blonda cabellera
Miraba entre tus aguas sepultar.

Tu brisa es el rocío de la aurora,
Que regaló á la flor, de gracias lleno;
Tu voz es el estrépito del trueno
Que revienta bramando de furor.

Tus olas son del hombre los pesares
Que en el alma se aunan á porfía,
Y en vano con tristísima agonía
Pugna por arrancar en su dolor.

Los vagidos del mundo tú repites
En tu lamento eterno y quejumbroso,
Y con fragor te chocas rencoroso,
Aborto de la ira celestial.
Las edades sin término contemplas,
Siglos y siglos ante tí han pasado;
Todo el tiempo veloz ha sepultado
Y solo tú te muestras inmortal.

Una mano invisible te sostiene,
Mano del Dios que nuestras horas cuenta,
Que su poder y su grandeza ostenta
Haciendo tus furiosos refrenar:
Siempre vencido y reluchando siempre,
Mugiendo corras valeroso, hirviendo,
Y en vano, en vano con fragor tremendo
Intentas tus cadenas desatar.

¡Cómo en divino éxtasis el alma
Llega á encontrar un cielo luminoso
Cuando al son de tu acento pavoroso
Haces el mundo entero estremecer!
¡Y cómo entre esperanzas y deseos,
Embargado en sus mágicas visiones
El corazón henchido de ilusiones,
Encuentra en tí magnífico placer!

¡Oh, cuánto es bello en la serena noche
Cuando muestra sus lámparas brillantes,
Ver sus luces hermosas, vacilantes
En tus profundas aguas replegar!
Y ver la luna que rielando pasa
Siempre riente, purísima y dichosa,
Cual célica beldad que temerosa
Se mira por su amante suspirar!

Mas grandes son á tu esplendor sonante
Los arcanos que envuelven nuestra vida,
Y la razón en vano confundida
Su inmensidad intenta comprender.
En tí grandiosa la natura ostenta
Sábía sus obras de eternal grandeza,
Derramando do quier amor, belleza,
Plácido encanto y celestial placer.

Oh, tú, cualquiera que en el ancho mundo
Niegues la mano que su ser le ha dado,
Ven á contradecir al mar arado
Que te espera bramando de furor;
Ven y contempla sus inmensas aguas
Que se extienden sin fin en el espacio,
Y los tumbos de azul y de topacio
Que levanta radiante con fragor.

Ven cuando yace todo entre el silencio,
Cuando el mundo á tus piés esté dormido,
Y escucha su tristísimo aiarido
Y velo con las rocas combatir;
Y dile que no hay Dios, dile orgulloso
Que nadie le detiene en sus furiosos,
Y entonces, redoblando sus clamores,
Oírásle tus palabras maldecir.

¡Oh mar! ¡oh mar! enjendro misterioso
De la nada que envuelve la existencia,
Y nos muestras do quier nuestra impotencia
Poniéndole su linde á la razón;
Cuando te miro en tu ansiedad, sumiso
Avenirte á tu bárbaro destino,
Admira, sí, del Hacedor divino,
La majestad mi ardiente corazón.

Sigue mugiendo y estrellando sigue
Ondas con ondas con furor violento,
Y queriendo en tu loco movimiento
Tus eternas prisiones quebrantar;

Sigue asombrando al universo entero
Con tu trueno, tu rabia y tus rencores,
Que el día llegará que tus clamores
El padre soberano ha de escuchar.

Sí, llegará y tus inmensos diques
Se verán á sus voces desprendidos,
Y negros remolinos confundidos
El paso rebramando te abrirán;
Y altanero, colérico, espantable,
Rotos ya tus eternos eslabones,
Playas, bosques inmensos y naciones
En tu seno sin fin se perderán.

MANUEL ANTONIO HURTADO (CHILENO).

Africa.

EXPEDICION FRANCESA AL SAHARA ARGELINO.
EL GOLEAH. — DISTRIBUCION DE AGUA EN EL DESIERTO.

En uno de nuestros números anteriores nos hemos ocupado de la expedición del general Gallifet al Sahara argelino, que llegó hasta el Ksour y el oasis del Goleah.

Por el parte dirigido al gobierno francés, publicado en el periódico oficial, vemos confirmados los detalles que nos remitieron nuestros corresponsales.

Los jefes de los Mkhadmas y de los Chambas fueron los que facilitaron gratuitamente los camellos que necesitaba la columna para trasportar el agua y los víveres. La expedición salió de Biskara el 20 de diciembre, como ya hemos dicho, llegando el 8 de enero á Uargla; y tres días despues se puso en marcha con cuarenta días de víveres y con un equipaje de 1,000 toneles de agua, que contenían cada uno por término medio 50 litros, y otros 1,400 (*guerbas*) de 15 á 20.

La columna descansó hácia el ued Berghraoui, un poco mas de la mitad de camino del Uargla, que era el término de la expedición.

Este río, que está siempre seco, excepto en invierno, contiene, sin embargo, tres pozos constantemente llenos, y que son: Hassi el Berghraoui, Hassi Chareuf y Hassi Sanoum. Estos pozos están rodeados de extensos terrenos con buenos pastos que llaman naturalmente la atención de las tribus errantes. A corta distancia se eleva el marabut de Sidi Mohammed Moul-el-Mahari, y un vasto cementerio en donde se hallan enterrados muchos viajeros y algunos pastores que habían conducido á aquellos prados sus ganados; y si bien algunos han muerto á consecuencia de enfermedades, los demás han sido asesinados por los bandidos de que acabamos de hablar.

Como la columna expedicionaria nada podía temer de estos enemigos, porque además de ser numerosa y estar bien armada, llevaba también una pieza de cañón, acamparon con toda tranquilidad en medio de aquellos prados que rodean las orillas del ued, gozando de ese fresco ambiente que siempre se siente al rededor de estos pozos.

No todos tienen el caudal de agua que los del ued Berghraoui, pues los hay que carecen de ella; y otros están separados por grandes distancias que, para llegar á disfrutar de sus aguas, se necesitaría un día de camino. Todas las noches, despues de cada etapa, se hacia á la columna la distribución de tan precioso líquido, dando lugar á escenas las mas graciosas en medio de aquellos hombres con las gargantas secas y ardientes por los rayos de un sol abrasador; y debiendo de observar los siguientes preceptos, que nunca dejan de recordar á todos los que salen para el desierto: «Jamás bebais sin haber antes descansado un poco.» Añaden despues: «No bebais nunca agua que en un viaje haya sido batida ó calentada por el sol, sin exponerla antes al aire durante algunos instantes;» y por último: «Despues de haber comido carne, no bebais inmediatamente agua; esperad un momento, pues tal vez *beberiais* la muerte.»

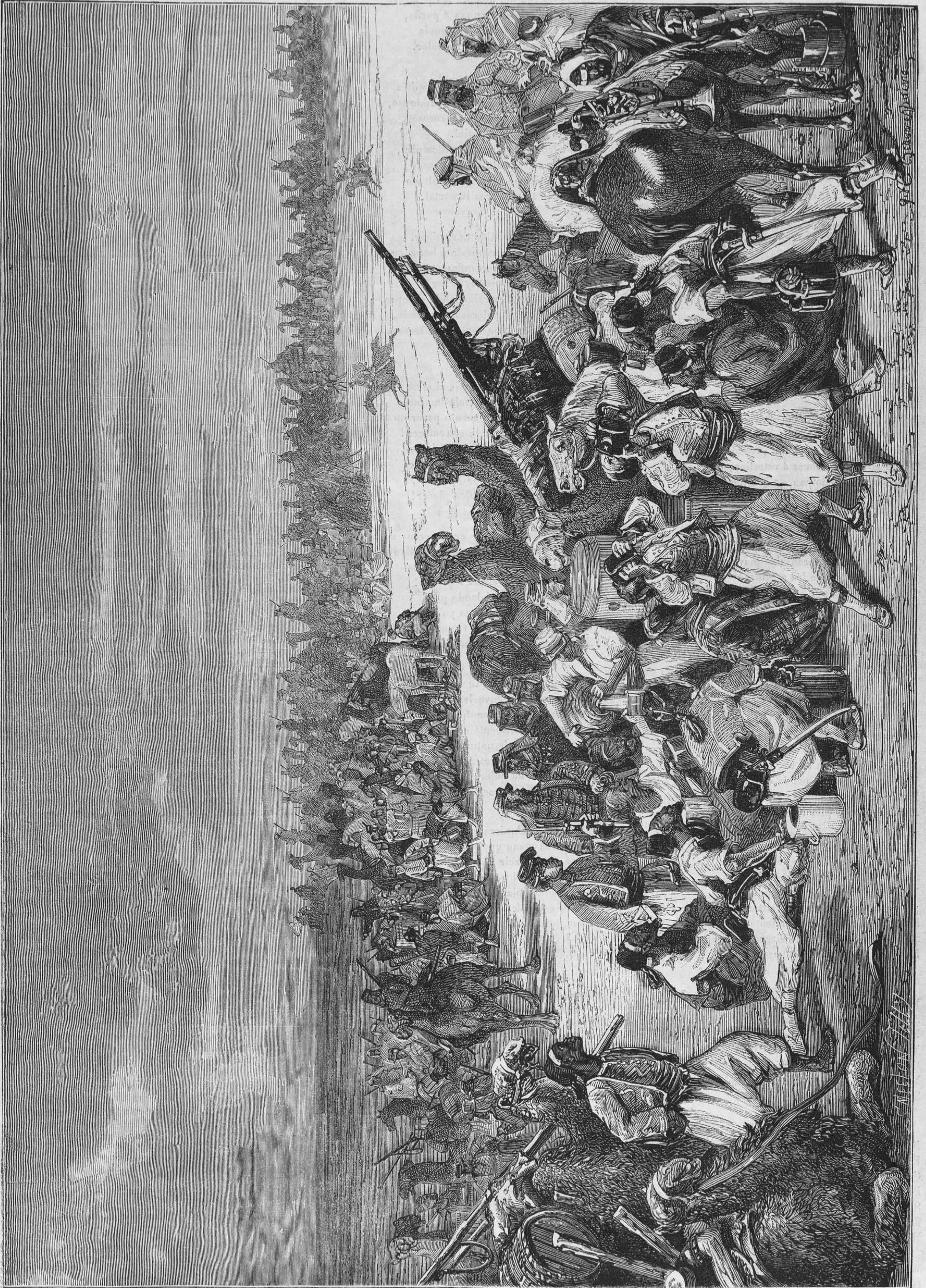
A estas prudentes prescripciones, observadas con el mayor rigor por los oficiales que mandaban las columnas, se debe que durante la penosa marcha al través del desierto, solo haya tenido un enfermo.

C. P.

La Semana Santa en Toledo.

LA PROCESION DE LOS ARMADOS.

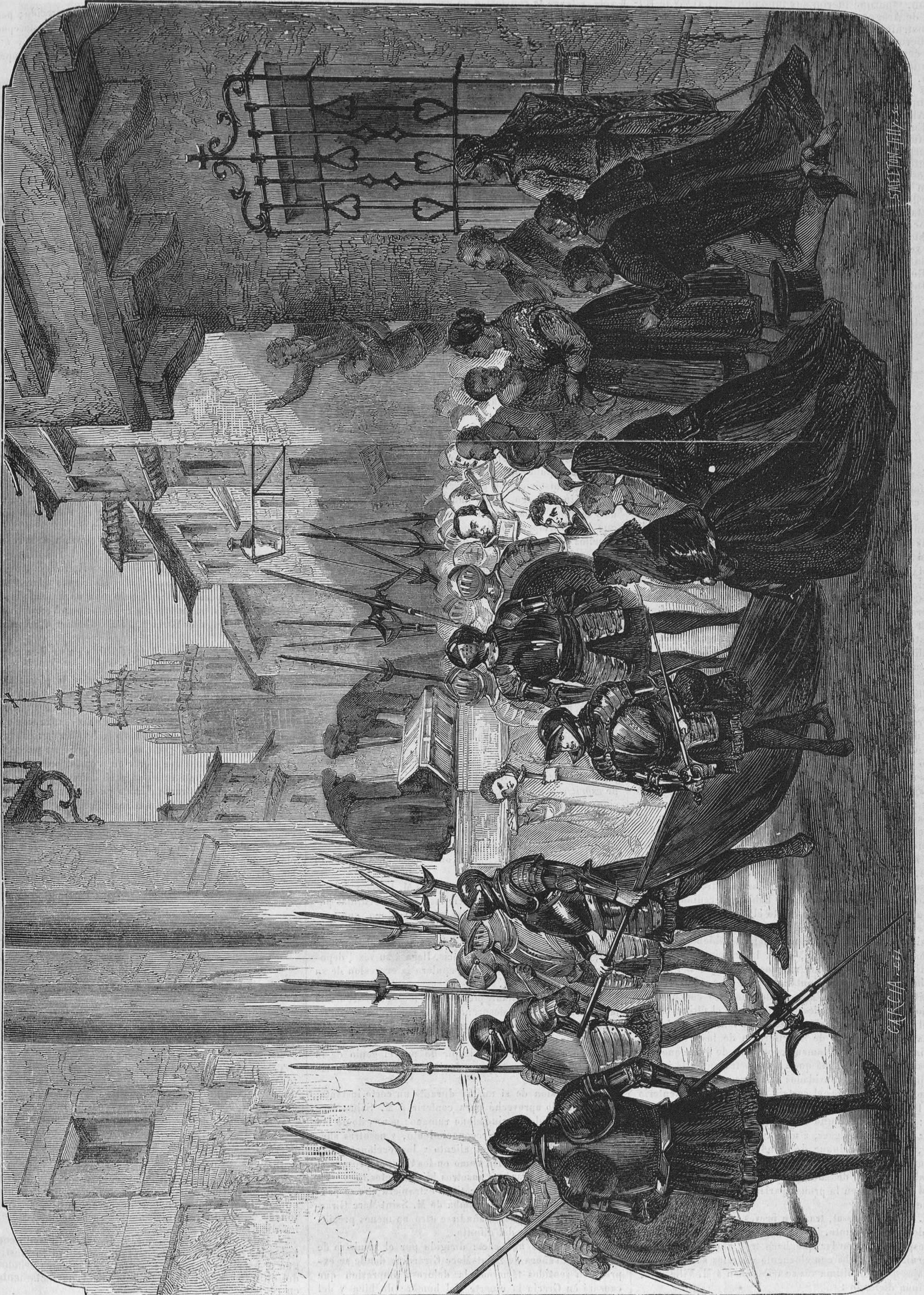
El 2 de enero de 1492, cuando Don Fernando el Católico tomó á Granada, encontró en las mazmorras de la ciudad muchos caballeros cristianos cargados de cadenas, que recobraron su libertad. En conmemoración de este hecho se elevó en Toledo la iglesia de San



LA EXPEDICION FRANCESA EN EL DESIERTO AFRICANO. — Distribucion de agua en el pais de la sed.

CUTLER

1845



ESPAÑA. — La Semana Santa en Toledo : procesion de los Armados el dia de Viernes Santo.

Juan de los Reyes, llamada así porque se dedicó á San Juan, y porque fueron sus fundadores el rey y la reina de Aragón y de Castilla. Cuatro años tardaron en construirla, y el día de su inauguración, todos los caballeros cristianos libertados en Granada, asistieron á la ceremonia cubiertos con sus armaduras y arrastrando las cadenas que habían llevado en su cautiverio. Seguidamente regalaron á la iglesia sus armaduras y sus cadenas que colgaron en las paredes del templo como una guirnalda de hierro.

Allí se ven todavía.

En recuerdo de aquella ceremonia de inauguración se fundó en Toledo la procesion de *los Armados* que reproduce nuestro dibujo, y que se compone de figurantes revestidos con las armaduras regaladas á la iglesia. En los primeros tiempos, estos figurantes salían completamente armados; pero luego se fueron perdiendo piezas y en la actualidad solo queda completa una armadura que es la que lleva el jefe de la procesion. Los demás figurantes solo van armados hasta el cinturón, y visten de calzon corto con media de seda y zapato con hebilla, lo cual produce un singular efecto.

Hé aquí el orden de la procesion :

Delante, el jefe de los armados arrastrando en pos de sí, con la punta hácia abajo, en señal de desprecio, una bandera árabe; siguen de dos en dos los armados, luego las cofradías y luego el clero.

Así se representa en nuestra lámina. C. P.

Revista de Paris.

Semana de luto para las letras. M. Saint-Marc Girardin ha fallecido casi repentinamente en su casa de campo de las cercanías de Paris, y aunque contaba ya setenta y dos años, su muerte ha sorprendido á sus amigos, que le veían diariamente lleno de fuerza y de salud consagrado á las tareas parlamentarias que tanto han ocupado el último período de su vida. Nosotros haremos abstracción aquí del hombre político, tanto mas, cuanto á nuestro juicio, la merecida reputación de que disfruta Saint-Marc Girardin está fundada no en sus opiniones mas ó menos liberales, sino en sus títulos literarios, que son muchos.

El primero y principal es seguramente el que se conquistó en su profesorado de la Sorbona. Saint-Marc Girardin, era uno de los hombres mas aplaudidos por la juventud estudiosa. El último de la brillante pléyade que formaron Guizot, Cousin y Villemain, sostenía en sus brillantes lecciones todo el interés que antes se repartía entre tan eminentes profesores, cuando estos se habían retirado ya de la arena. Muchas veces hemos tenido el placer de oírle, hace ya largos años, en su cátedra de poesía que desempeñaba con la autoridad del hombre mas versado en cuestiones literarias, y dando siempre á sus discursos un giro original, con oportunidades y agudezas que unían á la solidez del fondo las delicadezas de la forma mas animada y viva.

Saint-Marc Girardin, abandonó hace mucho tiempo ya aquellas lecciones, por la carrera de periodista que naturalmente le llevó en derechura á la política. Sin embargo, no por eso dejó completamente la literatura; antes bien, se dedicó á reunir en volúmenes toda la producción de su profesorado, al ejemplo de los maestros en el arte de enseñar y de escribir que le habían precedido.

Sus exequias han tenido efecto el martes último; y como el finado era miembro de la Academia francesa, vicepresidente de la Asamblea nacional y presidente de la reunion del centro derecho, ó sea la fracción orleanista; asistieron á la ceremonia muchos personajes del mundo oficial, además de las diputaciones de la Academia y del Instituto, y sobre todo, además del inmenso concurso de periodistas y literatos, deseosos de pagar el último tributo al hombre que se había distinguido tanto en las letras.

La antigua iglesia de San German de los Prados, no podía contener aquel inmenso concurso de gente que obstruía la plaza; y así fué que solo penetraron en la iglesia los parientes y los convidados á la ceremonia.

Concluido el oficio, el cortejo se dirigió al cementerio del Père-Lachaise, donde se pronunciaron cuatro discursos: uno por M. Camilo Rousset, á nombre de la Academia; otro por M. Egger, á nombre de la Facultad de letras; otro por el duque de Broglie, y el último, por un miembro de la colonia galo-rumana de Paris, que acompañaba el féretro de Saint-Marc Girardin en señal de gratitud al que fué en la prensa parisiense su constante defensor.

M. Camilo Rousset, trazó en breves palabras los méritos del ilustre difunto.

Después de recordar que hace tres años, Saint-Marc Girardin se asociaba con elocuente voz á los solemnes homenajes que por última vez se tributaban á M. Villemain, continúa diciendo:

« ¡ Villemain! ¡ Saint-Marc Girardin! Estos dos nom-

bres deben reunirse en la muerte como lo han estado en vida, y tengo la convicción de corresponder á las mas sinceras afecciones de mi venerado maestro, evocando sobre su tumba semejante memoria. « Profesores y escritores, decía Saint-Marc Girardin, hemos trabajado todos en sostener, cada cual según su fuerza, la obra de nuestros gloriosos antecesores. Hemos mantenido en pié la bandera que nos habían confiado y la transmitiremos honrosamente á los que nos siguen. » Vosotros, señores, que habeis oído en la Sorbona á M. Saint-Marc Girardin y que habeis leído sus libros, atestigüareis la verdad de estas nobles palabras.

« Las convicciones que se las dictaron llenaron toda su vida; y que se ocupara en política ó en literatura, periodista, profesor, diputado, consejero de instrucción pública, académico, fué siempre constante consigo mismo. Hombre sinceramente liberal y resueltamente conservador, se negó siempre á confundir el desorden con el progreso, y á reconocer fuerza de ley á todo lo que no era la ley. Así sucedió que en literatura defendió la hermosa lengua del siglo XVII y la buena lengua del XVIII contra las temeridades de los reformadores.

« La Academia francesa le apreció muy pronto y le adoptó como uno de los suyos. Antes de pertenecer á ella enteramente, M. Saint-Marc Girardin había merecido repetidas veces sus coronas. Cuando por fin entró en 1844, se reunió con el émulo, ó mejor dicho, con el amigo que en 1827 compartió con él el premio de elocuencia, monsieur Patin. La enseñanza pública, primero en los colegios y luego en la Sorbona, les había unido afectuosamente. Después de 1830, uno de esos grandes iniciadores cuyas lecciones escuchaba atento Saint-Marc Girardin, M. Guizot, le confió su cátedra de historia en la Facultad de letras. Corto tiempo la ocupó; pero con suficiente autoridad para que, habiendo entrado luego en el Consejo de instrucción pública, pudiese allí tomar la dirección de la enseñanza histórica con gran ventaja de maestros y discípulos. Sin embargo, donde hubo de conquistarse su grande y legítima fama, fué en la cátedra de poesía francesa que ha desempeñado desde 1834. « ¡Cuán bellos eran aquellos días en que la juventud y la edad proveya corrian con igual afán á la Sorbona, cuando llenábamos en tropel la sala y recibíamos al profesor con tanto aplauso! ¡Qué lecciones de literatura tan vivas, tan elocuentes, tan fecundas, qué nuevos aspectos abiertos á las inteligencias! » Señores, no soy yo quien habla, es M. Saint-Marc Girardin, rindiendo homenaje á M. Villemain; pero me apodero de sus palabras y se las aplico á mi vez, persuadidos de que todos estareis de acuerdo para aprobarme.

« Las grandes inteligencias no buscan la popularidad: si M. Saint-Marc Girardin ha disfrutado siempre del favor de su auditorio, nunca le ha comprado con complacencias de ningún género. Lo digo en honor del auditorio tanto como del profesor: el uno era digno de recibir las lecciones que el otro le daba, sin mas preocupación que la de serle útil moralmente. »

El orador apela á los libros de M. Saint-Marc Girardin para demostrar esta verdad; dice que siendo un hombre de *esprit* como hay pocos, no lo sacrificaba todo al *esprit*, sino que antes bien, le consagraba el servicio de la razón y del buen sentido. Y con efecto, el buen sentido era su carácter dominante, como pueden dar testimonio todos cuantos han asistido á sus lecciones.

M. Camilo Rousset termina con un afectuoso adiós á su querido y venerado maestro.

Pasaremos por alto los discursos de M. Egger y del duque de Broglie, para reproducir las breves y sentidas palabras del delegado de la colonia galo-rumana, que produjeron honda impresion en toda la concurrencia.

« A nombre de la colonia galo-rumana del Danubio, dijo, la juventud rumana de Paris, llega á su vez á depositar respetuosamente en este sepulcro la expresion de su dolor y de su gratitud.

« De la rica y brillante pléyade que forma la auréola de la Francia, acaba de desprenderse una estrella. Señores, para vosotros, la pérdida es grande, para nosotros es inmensa, pues perdemos como la Grecia y la Siria el poderoso apoyo de aquel que, inspirado por el genio de la Francia, se hizo el campeón de las nacionalidades oprimidas.

« En posesion de sí misma durante un corto instante, la Rumania lo aprovechó para conferir á M. Saint-Marc Girardin el título de ciudadano rumano; pero esto no fué sino un débil tributo de reconocimiento, y nosotros afirmamos que guiados por el aliento y las lecciones de la Francia, en la adversidad como en los tiempos prósperos, la Francia encontrará en nosotros hijos adictos. »

A este testimonio de la gratitud extranjera que se produjo verbalmente sobre la tumba de M. Saint-Marc Girardin, ha venido después á añadirse otro no menos precioso para la memoria del difunto.

Este último es una carta dirigida por el ministro de Grecia á la señora de Saint-Marc Girardin, donde se expresa en sentidos términos la dolorosa impresion que causará en Grecia la muerte del hombre de bien y del hombre de Estado, que con su noble palabra defendió siem-

pre á un país cuyos esfuerzos fueron motivo de sus constantes elogios.

Es un testimonio de gratitud muy bien merecido; pero por esto menos digno de consignarse en esta época tan indiferente ó tan olvidadiza.

Paris se encuentra mas ocupado que nunca en empresas de beneficencia y de patriotismo.

Una de las obras filantrópicas que mas llaman la atención en la actualidad, es la organizada por madama Thiers, con el concurso de la mariscal de Mac-Mahon, y otras muchas señoras para socorrer á los huérfanos de la guerra.

Esta semana se ha abierto un bazar en el nuevo edificio del teatro de la Opera al que acude una afluencia considerable de compradores.

Los puestos de las vendedoras se hallan instalados en el salon de descanso, muy adornado con flores y colgaduras, y mientras los concurrentes hacen sus compras, asisten á un concierto de músicas militares.

En el centro del bazar están los objetos que han sido enviados por madama Thiers y Mlle Dosne, los cuales consisten en porcelanas y cristales, algunos de ellos de un alto precio.

Largo seria detallar aquí todo lo que se halla expuesto en las tiendecillas, á cuyo frente figuran como vendedoras las señoras mas eminentes del mundo oficial: bástenos decir que no faltan generosos compradores, y que es de esperar que en breves días se habrá recogido una buena cosecha para los interesantes huérfanos de la guerra.

Los objetos que no se vendan se rifarán, habiendo además para esta rifa algunos donativos particulares de bastante valor, como por ejemplo, una magnífica carretela de M. Belvalette que vale 2,000 francos.

Entre tanto se prepara en el hotel Drouot, una exposicion de cuadros debidos al pincel de los principales artistas franceses y regalados al comité de señoras de la calle de Scribe, que se ocupa en reunir recursos para socorrer á los alsacianos y loreneses que han emigrado á Alsacia. En atención al furor que hoy demuestran los parisienses por las pinturas, es de creer que en el hotel Drouot no se recogerá menos que en el salon de la Nueva Opera.

Por último, la Sociedad de los escritores ha querido contribuir tambien en favor de los alsacianos y loreneses, y con tal propósito ha publicado una obra titulada, *la Ofrenda*, cuyas páginas están firmadas por Victor Hugo, Jorge Sand, Augusto Barbier, Teófilo Gautier, Erckmann-Chatrion, etc.

El prólogo, escrito por Jorge Sand, es una obra maestra. Citaremos solo este párrafo:

« Nada mas penoso para mí que tomar la pluma para escribir como me pedís. Hay dolores de que no se levantan fácilmente ciertas naturalezas, y yo soy de las que necesitan siempre la esperanza. Ante un desastre como la pérdida de nuestras dos nobles y valerosas hermanas la Alsacia y la Lorena, ¿qué esperanza próxima puede tenerse? Yo no sé mas que llorar en secreto, pues las pruebas de desaliento son funestas y el dolor contagioso. El dolor solo debe mostrarse cuando puede despertar el valor y hacer que la indignación sea fecunda. »

Y sobre esta idea Jorge Sand añade que su corazón está comprimido hasta el punto de que su pluma no sabe escribir nada. Sin embargo, ha escrito una página bien elocuente, bien conmovedora, que se destaca como una lágrima al frente de este libro eminentemente patriótico.

MARIANO URRABIETA.

El testamento de M. Arkley.

(Conclusion. — Véase el N.º 1,056).

Tres amigos de este pidieron examinar el testamento, que M. Tompkins se apresuró á entregar, inclinándose á la vez muy profundamente. Entonces Jorge se aproxima, y grande fué su sorpresa al observar que este documento en nada se parecía al que había visto. Esta diferencia, unida á las pruebas de cariño que M. Arkley le había dado en sus últimos momentos, le hizo sospechar si no se habria cometido algun hecho indigno en perjuicio suyo; pero como este momento no era el mas á propósito para esclarecerle, pues ya el hombre de la ley se había hecho cargo de este documento, desistió de hacer observacion alguna. Entonces M. Tompkins, dirigiéndose á los concurrentes les dice:

— Este testamento, señores, ha sido firmado con todas las formalidades de costumbre, como lo atestigua el escribiente aquí presente y los mismos criados del difunto; y por consiguiente, está perfectamente en regla.

Ante estas explicaciones, todos los asistentes á este

acto se inclinaron, pasando despues al comedor en donde muy pronto se promovió la conversacion sobre las frutas en general y el cultivo de los espárragos en particular.

Federico se levanta de la mesa antes que se hubiera concluido el *lunch*, dejando una carta para su primo, en que le informaba que estando algo indispuerto se volvia á su casa; pero que se verian al dia siguiente.

Jorge salió de la casa mortuoria, buscando en vano la solucion de un misterio que tal vez guardaria la tumba.

Solo quedaba la triste realidad: Teesdale estaba rico y Jorge pobre.

¿Cuál seria en estas circunstancias la conducta que observaria Emelina Waveley? Aunque Jorge no confiaba mucho acerca del resultado de su entrevista con ella, no obstante, trascurridas algunas horas se trasladó á casa de la jóven á informarla francamente de que sus esperanzas habian sido frustradas. Pero Emelina, que estaba ya enterada del contenido del testamento, le recibió con gran frialdad. En vano Jorge busca las sonrisas y las dulces miradas de los dias anteriores, y solo cuando Federico Teesdale entra fué cuando la jóven se animó, apareciendo en su semblante todo aquel encanto que horas antes tanto habia admirado y seducido á Jorge. Ahora Federico era el objeto de iguales seducciones. Entonces Jorge, sin proferir la menor palabra, coge su sombrero y sale.

Con el corazon oprimido anduvo al azar durante algunas horas, pues la pérdida de la herencia de su tío no era nada comparable á la de Emelina Waveley. Si, este jóven sensato y honrado, cuya vida era ejemplar, no podia consolarse de la pérdida de una coqueta.

En la noche siguiente se presentó en casa de Tompkins y Sharpe, á fin de examinar el fatal documento; pero muy en breve observó que no era el mismo que habia tenido delante de él; no se advertia ni raspadura, ni la menor correccion, y ni hasta se apercibia el menor vestigio de las palabras «hospital del condado.» Sin embargo, no habia nada que pudiera infundir sospechas, pues desde luego reconoció la letra ancha y algo infantil de su tío; y sin embargo, sus dudas no se disiparon. Inmediatamente pasó á ver al doctor Bromley, el cual estaba desesperado. ¿Qué se habia hecho de ese legado, esa prueba de agradecimiento que anunció Teesdale? Desde luego emitió su opinion, asegurando á Jorge que M. Arkley habria firmado el testamento sin saber su contenido. Interrogados los criados como testigos de la firma, le hicieron casi perder las esperanzas que habia concebido al oír al doctor, pues Jaime, que habia recibido un legado, estaba decidido á sostener la autenticidad del testamento que le daba cincuenta libras esterlinas. El ama de gobierno fué de la misma opinion que Jaime, demostrando ambos al doctor Bromley y á Jorge, que su opinion era de ningun valor, puesto que carecian de pruebas en contrario.

Jorge vuelve otra vez á casa de Tompkins y Sharpe. Interrogado Tarsey, su contestacion no dió el menor indicio acerca de lo que se trataba de aclarar, pues segun él, se habia leído el testamento en alta voz, y que M. Arkley, antes de estampar su firma, le habia comprendido perfectamente.

Ante contestaciones tan unánimes, Jorge no podia menos de inclinarse, y hacer cumplir la voluntad de su tío. Al efecto escribió á Federico, diciéndole que al dia siguiente iria á la casa del difunto, á fin de reconocer todos los papeles que estaban bajo su custodia (Jorge era el ejecutor testamentario).

En el dia y hora indicados, Jorge estaba en el gabinete de su tío, doblando y desdoblando papeles ennegrecidos por el tiempo. Semejante inventario produce naturalmente la mayor tristeza, porque á veces os encontrais con una carta que habeis dirigido á una persona querida, que ya no existe; un regalo de escaso valor, sin duda, pero que le veis guardado con el mayor esmero en el fondo de un cajon: recuerdos todos de dias en que reinaban la mas dulce y pura alegría y que ya no volverán. A la vista de tan gratos recuerdos, el corazon se os oprime y de vuestros ojos brotan abundantes lágrimas.

Jorge desdobra gran número de papelotes, cuentas, correspondencia; de repente fija su atencion en una hoja doblada en cuatro, llevando por inscripcion, «Un duplicado de mi testamento.» Jorge reconoció muy pronto este papel; era el mismo que habia visto sobre la mesa de su tío aquella triste noche; solo que á las palabras «hospital del condado» que M. Arkley habia escrito ante él, habia sustituido con las de Jorge Arkley. Fácilmente se comprenderá la emocion que este descubrimiento le causaria.

Jorge ya no tenia la menor duda que este borrador era el verdadero testamento, y que en el leído por Tompkins, se habian introducido modificaciones que ignoraba el testador. ¿Quién era, pues, el falsificador? ¿Quién estaba al lado de M. Arkley la noche del ataque, en que perdió su conocimiento? ¿Qué pasaria en aquella fatal noche? Todas estas preguntas se agolparon en la imaginacion de Jorge. Muy en breve sus sospechas recayeron en la persona que efectivamente habia cometido la falsedad; sin embargo carecia de pruebas, puesto que el testamento habia sido firmado delante de testigos, y declarando estos, á quienes creyó de buena fe, que este acto habia tenido lugar con la formalidad de costumbre.

Jorge se hallaba sumido en estas reflexiones, cuando una mano se coloca sobre su hombro; y volvién-

dose de repente, se encuentra con Federico, que estaba detrás de él.

— Mi palabra de honor, dijo este último, con aire burlon, cualquiera diria que Jorge Arkley lee una carta amorosa.

— Pues bien, ¿qué os parece de ese billete tan dulce? le contestó Jorge con gran frialdad, entregando el papel á su primo.

Federico recorrió de una ojeada el papel.

— ¿Supongo que no tendreis la pretension de que prefiera ese proyecto de testamento al que subsiste actualmente, mi querido primo?

— Federico, ya sabeis que mi tío no ha hecho semejante testamento.

Teesdale, al escuchar estas palabras palideció.

— ¿Es que me insultais, caballero?

Antes de contestar, Jorge pliega el papel, y despues de haberle guardado en el cajon y quitado la llave, se la guarda; y volviéndose de repente hácia Teesdale le dice:

— Guardad vuestras riquezas, Federico, y el corazon que me habeis arrebatado; guardadlos todo el tiempo que podais. Prefiero parecerme á ese pobre barrendero que pasa cubierto de harapos y con los piés descalzos, que á Federico Teesdale.

Antes que Federico Teesdale hubiera encontrado una palabra que pronunciar. Jorge ya habia desaparecido.

Solo ante su conciencia el feliz heredero reflexiona con cierto espanto la situacion en que realmente se encontraba, pues Jorge Arkley ya tenia formada su opinion respecto de la autenticidad del testamento. Además, Federico sabia que en lugar de percibir veinte y un mil libras esterlinas, merecia mas bien llevar la cadena de presidiario; llegando sus temores hasta el punto de creer que alguna circunstancia imprevista podria llegar á descubrirlo todo. Un sudor frio se apodera de todo su cuerpo, pero muy en breve desechó tan quiméricos temores, ante la falta de pruebas de que carecian, y la gran fuerza, que segun él tienen los hechos consumados. En vista de estas reflexiones, Federico creia ya que solo le quedaba gozar de su fortuna y de los encantos que le proporcionaria miss Emelina Waveley.

La conducta de Federico y algunos rumores que llegaron hasta miss Emelina, acerca de la validez del testamento de M. Arkley, habian hecho que esta jóven excesivamente previsora, creyera prudente no imprimir á su brújula un movimiento en una direccion fija.

Por lo demás, sus adoradores continuaban á su alrededor, figurando el primero Brailsby que estaba loco de amor, pero como poco práctico, empezaba siempre y nunca concluia.

Pero Brailsby no era su único admirador, porque Emelina arrastraba además una escolta de adoradores, cogidos los unos en el baile y los otros en Hyde-Park; todos tiernos y haciéndole mil protestas de amor, pero que despues se complacian en herir su reputacion desde el momento en que se alejaba. Todavía quedaba un escuadron, aunque poco numeroso, de adoradores mas cándidos; pero ¡ah! esta reserva disminuia de dia en dia, gracias á revelaciones hechas por sus adoradores mas intimos.

Sin embargo, miss Emelina no desesperaba de encontrar, en caso de necesidad, un sucesor á Federico Teesdale.

Una semana habia trascurrido, sin que nada hubiera venido á confirmar los quiméricos temores del heredero; pero una mañana que almorzaba en un estado de perfecta tranquilidad, le anuncian á M. Manton; y si el criado hubiera añadido que el verdugo le esperaba, el desgraciado jóven no hubiese aparecido con una fisonomia menos aterrorizada.

M. Manton entra; era un hombre de edad avanzada, con fisonomia benévola, aunque demostrando un carácter firme. Al entrar dirige una mirada á Federico, y apercibiendo su semblante descompuesto, hizo un ligero movimiento de cabeza, como diciéndose á sí mismo: «naturalmente.»

Federico, por medio de un gesto, le señala una silla.

M. Manton se sienta, y colocando algunos papeles sobre la mesa, dice con la mayor tranquilidad:

— ¿Sabeis, M. Teesdale, el asunto que me conduce aqui?

Federico quiso en un principio tomar un cierto tono de hombre altivo é indignado, pero inútilmente.

— Del diablo, murmura.

— Teneis razon, es un negocio del diablo, M. Teesdale.

— ¿Sois un agente de policia, caballero, y me tomáis quizá por un asesino?

— No, enteramente.

— No, enteramente. ¿Entonces por un ladron?

— No, tampoco, diria mejor por un falsificador de testamentos.

— Por Dios, caballero, concluyamos, tartamudea Federico, y explicadme cuál es el objeto de vuestra visita.

El abogado cambia de tono.

— Señor de Teesdale, añade gravemente, habito á gran distancia de Londres. Despues de una larga ausencia de Inglaterra, regresé hace pocos dias; y á fin de renovar las relaciones que me ligaban con mi antiguo amigo M. Arkley, vuestro tío, fui á verle. Comimos juntos, y despues de hablar de varios asuntos, me dijo que habia hecho su testamento, poniéndome al corriente de sus disposiciones. Vuestro carácter, y

la conducta que en diferentes circunstancias habeis observado, le habian obligado á desheredaros completamente; pero temiendo despues haber sido demasiado severo con vos, en mi presencia envia á buscar el testamento, para que vuestro nombre figurase al lado de Jorge Arkley, vuestro primo. Cuando á M. Arkley le entregaron este documento, desde luego observó que no era el mismo que habia hecho. La emocion y la cólera le hubieran producido, á no dudar, su muerte, si mis reflexiones no le hubieran calmado un poco. Entonces vuestro tío recordó aquella fatal noche en que fué víctima de un ataque; que estabais solo con él, y en que el testamento habia quedado sobre la mesa. Solo faltaba explicar cómo aparecia la firma. Vuestra conducta dió lugar á hacer suposiciones claras, y que creimos preferible abstenernos que entrar en mas pormenores: lo mas importante nos era ya conocido. Vuestro tío se decide á dejar subsistir pura y simplemente el testamento apócrifo, y escribir un segundo, cuidando de revocar el primero; esto se hizo en mi presencia y ante un testigo. Ved el testamento, señor de Teesdale; y como vereis, solo se diferencia con el que vuestro tío habia hecho primeramente, en que deja veinte mil libras esterlinas á Jorge Arkley, y cinco mil á vos, nombrándoos su legatario por el resto.

— ¡Yo!; legatario!

— Sí, vuestro pobre tío no queria jamás acusarse de haberos desheredado, y deseaba además que compráseis este legado con el precio de vuestros remordimientos. Entre tanto, señor de Teesdale, debo cumplir enteramente mi mision, y á la vez que os ofrezco guardar el mayor secreto sobre estos sucesos, pasaré á casa de Tompkins y Sharpe, á fin de presentar mis poderes. Espero que muy en breve podreis entrar en posesion de vuestras cinco mil libras, deseando á la vez que hagais un buen uso de una suma que os puede abrir un camino mejor que el que habeis seguido hasta ahora.

Despues de la visita de M. Manton, parecia que Federico Teesdale suspiraba con mas facilidad que lo habia hecho dos meses antes. Ya se veria libre de aquellos terrores y aquellos insomnios que por tanto tiempo le habian atormentado; y el sacrificio de las veinte mil libras le parecia de menos importancia en comparacion de sus recientes congojas. ¿Y Emelina Waveley? No se ocultaba á Federico la conducta, que dado este caso, observaria. Por lo demás, si algunas ilusiones le hubiera quedado, la manera fria y hasta desdeñosa con que acogió su saludo al dia siguiente en Hyde-Park, se le hubieran disipado por completo. Jorge pasaba en aquel mismo instante, y aunque miss Emelina al verle se ruboriza, se sonríe y saluda con una gracia encantadora. Jorge que sin duda se habia quedado repentinamente ciego, ó quizás el sol le impidió ver tan seductora aparicion, siguió su camino sin llevarse la mano á su sombrero. Entonces el rubor de miss Emelina pasa sucesivamente de la vergüenza al despecho... felizmente Brailsby aparecia ya en el horizonte. En este momento despliega todas sus gracias, todos sus atractivos. ¡Trabajo perdido! Brailsby estaba distraido. Todo el mundo se habia vuelto loco en esta fatal tarde. Además, el elegante capitán Manners estaba á pocos pasos, y la alegría que aparecia en su semblante, prometia á la coqueta un admirable desquite; pero el gallardo capitán se detiene ante ella, la mira y sin embargo no la ve. Esto era demasiado. Londres habia dejado de ser Londres, Hyde-Park no era ya Hyde-Park, y hasta el sol parecia que habia cesado de despedir sus relumbrantes rayos.

Retirada miss Emelina de aquellos sitios, teatro otras veces de tantos triunfos, se dirigió á su casa, en donde al verse despreciada por adoradores que momentos antes la hicieran mil protestas de amor, alteraron su salud y la obligó á guardar el lecho. Llamado inmediatamente el doctor Bromley, mueve la cabeza, y declara que habia «complicacion.»

(Chambers' Journal).

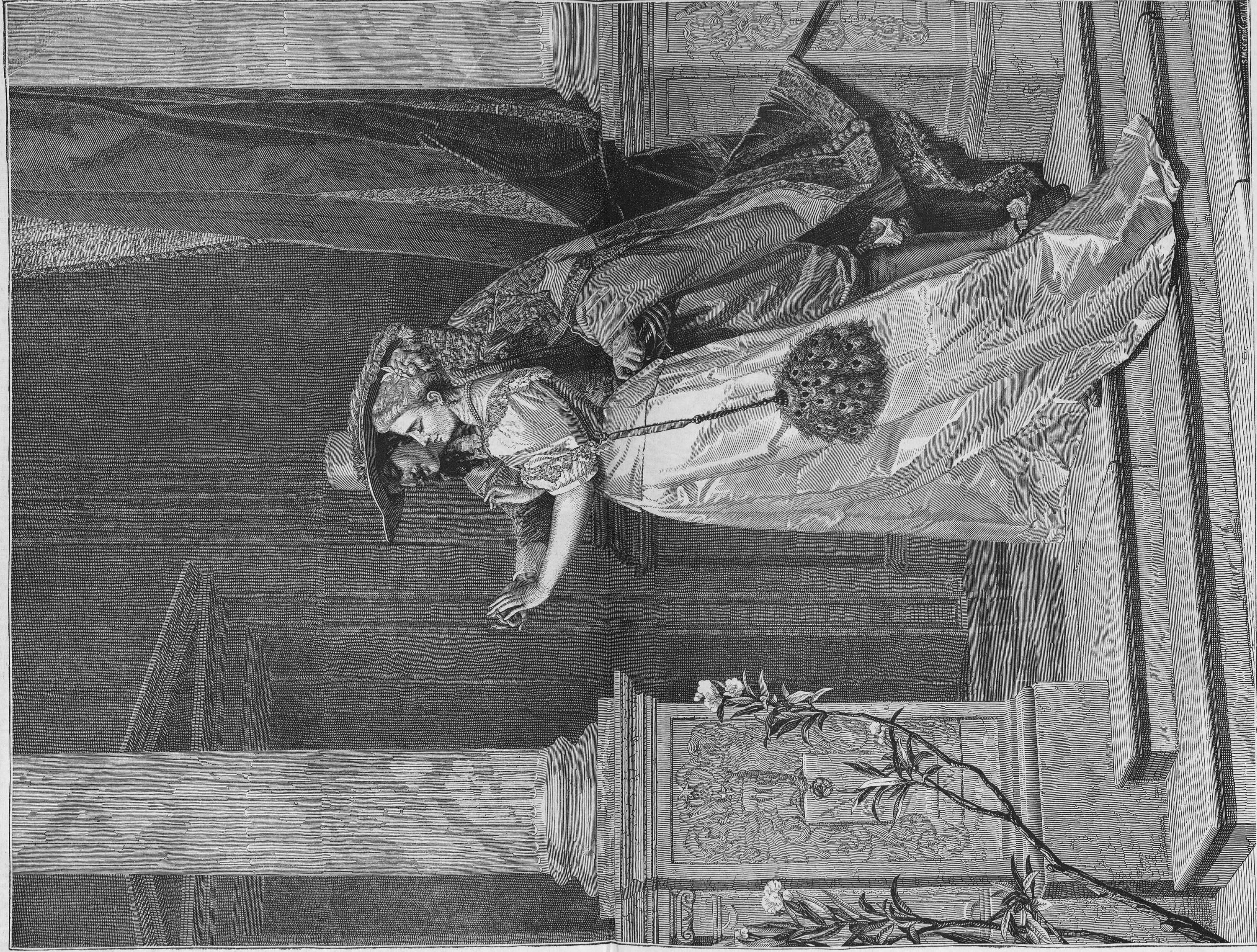
Bellas Artes.

«EL ANILLO DE LOS DESPOSORIOS,» CUADRO DE WILLEMS.

Willems descuella en pintar el raso blanco y las plumas que se columpian en los sombreros. Posee á la vez el secreto intimo de las costumbres modernas y el sentimiento de aquella seductora época de Luis XIII, en que los amores, lo mismo que las estocadas, tenian algo de heroico y de refinado. Nada mas bonito y poético que ese cuadro del *Anillo de los desposorios*, en donde nos pinta á un jóven noble poniendo delicadamente el anillo nupcial á una criatura adorable. Se nota en esa composicion como la vision serena y feliz de una escena de suprema elegancia y de felicidad suprema. Esos dos semblantes, cuyas megillas se rozan, ofrecen una expresion de confianza en el porvenir verdaderamente sincera. Se comprende que esa union que comienza entre esos dos jóvenes, no se acabará sino con la vida de uno de ellos. Se adivina que en el esposo encontrará la esposa un alma noble, un brazo resuelto; y que al retorno de los combates, en donde brillará á la luz del sol esa espada que le-

EL CORREO DE ULTRAMAR

BELLAS ARTES



EL ANILLO DE LOS DESPOSORIOS

Copia del cuadro de WILLEMS

vanta el terciopelo y la seda de la capa, el joven hablará en el hogar doméstico el sosiego, la fidelidad y el amor.

Todo eso se lee en los rostros iluminados con una sonrisa celeste. La rubia cabeza de la desposada, se destaca seria y amable sobre la cabeza varonil del joven. La expresión á la vez distinta y semejante de esas dos fisonomías, está pintada con una verdad que deleita; y si se quisiera imaginar la visión de la felicidad perfecta, de la alegría íntima en medio del lujo, no habría mas que evocar esa pareja vestida de encaje, seda y terciopelo que sube lentamente por esa escalinata de mármol, en tanto que el cielo se sonríe, que las flores embalsaman la atmósfera, y que la primavera preside á tan risueños desposorios.

J. C.

El manuscrito de un loco.

(LEYENDA.)

(Conclusion. — Véase el número 1,058).

— ¡Todo es mentira, ha sido un sueño! pronunció con el acento de la desesperación mas íntima.

— Señora, vos conversábais con otra persona hace un momento.

— ¿De veras? exclamó en el colmo de su alegría la pobre mujer, ¿con que ha sido verdad? ¡Gracias, Dios mio, porque le he encontrado!... Pero, ¿donde está? yo quiero verle.

— ¿A quién, señora? dijo alarmado el conde.

— A Julian, para que me hable de él.

Difícil sería pintar el trastorno que sufrió el conde al oír semejantes palabras.

Sus ojos despidieron una claridad siniestra y respondió con voz cavernosa:

— Si, señora, yo tambien necesito saber dónde está. Pero antes, tengo que arreglarme con vos, señora.

Lucila había vuelto en sí completamente, y al reconocer al conde, quedó hecha una estatua.

— Escuchad: Sé vuestra historia, vos me la habeis contado, y por esta revelación no seré vuestra tercera víctima. Las mujeres como vos están maldecidas de Dios y de los hombres. Señora, yo os he sacado de la miseria, os he hecho abandonar el rebaño que aparentábais en una granja para ganar un alimento mezquino, os he rodeado de riquezas, ¿y en premio, señora, de estos servicios, me pagáis suplantándome por otro?

— ¡Dios mio! murmuró anonadada Lucila.

— Señora, siguió el conde, solo veo en vos la personificación del mal... no, no quiero caer en vuestras redes... porque sois capaz de todo... porque en vuestro corazón se ha extinguido todo sentimiento noble y generoso. Ahí teneis la puerta, señora, salid, que saliendo así habreis ganado.

Lucila no tenia valor para dar un paso.

El conde principió á pasearse á lo largo del salón, despues, deteniéndose frente á la que él creía Carolina, le dijo:

— Señora, ni un momento mas aquí.

— ¡Ah! ¡tened piedad de mí! exclamó Lucila arrojándose.

— Basta, señora, siguió el conde, no quiero oír vuestra voz.

Y la tomó de un brazo para arrojarla del salón.

Yo me precipité á su encuentro.

— ¡Deteneos, conde! grité.

— ¡Julian, Julian! exclamó Lucila y se estrechó contra mi cuerpo.

El conde, de furor, temblaba como un azogado.

— Bien lo habia sospechado, le dijo á Lucila, este era vuestro amante, en seguida dirigiéndose á mí:

— Caballero, me dijo, un momento aun, escuchadme una palabra.

— Las que querais.

El conde hizo sonar un timbre.

Y apareció un criado.

— ¡Mis pistolas! le dijo.

El criado volvió al instante con una caja de caoba.

El conde abrió la caja, y poniéndola delante de mí, me dijo con serena voz:

— ¡Elegid!

— Esta, dije yo tomando una.

— A la distancia que gustéis.

— ¿Qué intentais? me gritó Lucila, os va á matar.

— ¿Qué me importa? le respondí, este caballero será el único que me haya hecho el servicio mayor, todo se ha concluido para mí... tu amor es imposible.

El conde vaciló un momento al oír las últimas palabras.

— ¿Vacilais, conde? le dije.

— Es verdad, hay en todo esto, algo que yo ignoro. Dejé la pistola sobre la mesa y me dijo:

— Caballero, quiero hablar con vos, tened la bondad de pasar á este aposento.

— Con mucho gusto, le respondí, deposité la pistola cerca de la otra y entré al aposento.

III.

— Caballero, dijo el conde, como os he dicho, hay en todo esto algo que yo ignoro, y es necesario que lo sepa todo absolutamente.

— No os comprendo, señor conde. Y además creo que estareis al corriente de los acontecimientos terribles que forman la historia de Lucila.

El conde se inmutó.

— ¿Qué decis de Lucila?

— Si, este es su verdadero nombre.

— Ahora os confieso, me respondió con aparente serenidad, que estoy mas á oscuras que antes.

— ¿No sabeis la historia de esa mujer? le pregunté admirado.

— La conocí en la ciudad de P... en una granja que allí poseo, supe que era viuda y desgraciada, hé aquí todo lo que sé; por lo demás, trato de hacerla mi esposa, y...

— ¡Eso es imposible!

El conde se movió de su asiento con aire amenazador.

— ¿Por ventura creéis tener derecho para impedir mis acciones?

— No, caballero, pero os lo vuelvo á repetir, ese matrimonio es imposible.

— Estoy asombrado, vive Dios, que estoy por creer que habeis perdido el juicio.

— Conde, en otra ocasión las palabras que acabais de pronunciar, habrían caído sobre mi corazón como una chispa sobre una mina, y habría estallado con todo el fuego de la juventud, mas ahora he aprendido á conocer á los hombres, y estoy convencido, que *eso* que llaman honor, no es otra cosa que una palabra inútil que nada significa.

El conde hizo un movimiento.

— Escuchadme, señor conde, yo os referiré la vida de esa desgraciada mujer.

Y todo le conté, sin omitir la menor circunstancia.

Quando estaba próximo á concluir:

— ¿Y ese Julian, vive? me dijo.

— Si, conde, y ha cumplido su juramento.

— ¿Cuál?

— El que hice á Lucila, de cuidar á su desgraciado esposo.

— Segun eso...

— Vive, caballero.

— ¿Y en dónde?

— Aquí, en esta ciudad.

— ¿Y ese Julian?

— ¡Habla con él, conde! y me moví del asiento.

A tal respuesta el de Pamerál quedó estupefacto y no pudo articular palabra hasta pasado un momento.

— Caballero, me dijo despues con voz débil, traed al esposo de esa desgraciada y asegúradle que le presentaré á Lucila digna de él.

Yo apreté con efusión la mano al noble conde, y cuando me preparaba á salir, me dijo:

— Hay una circunstancia que ignoro, Lucila jamás me la ha dicho y vos en vuestra relación tambien la habeis omitido.

— ¿Qué cosa, señor conde?

— La familia y patria de esa mujer.

Yo titubeé un instante.

— Si ella os lo ha ocultado, tendrá sus motivos, y yo no quisiera...

— ¿Veis en esto algo de particular? Sin duda, dijo con desprecio, es una expósita...

— ¡Os equivocais, conde! pertenece á una honrada y noble familia de la ciudad de N...

— Proseguid, caballero, ¿su madre?...

Y le di exacta noticia de su familia.

— ¡Es mi hija! ¡mi hija! gritó el conde, su rostro se puso lívido y se reclinó en el respaldo del sillón.

Corri hacia él.

El conde de Pamerál se habia desmayado.

Tenia razón en decir que era extraordinario todo lo que estaba sucediendo.

IV.

Volvió en sí despues de un momento, fijó la vista en Lucila, que estaba á su lado, y le dijo con toda la efusión de su corazón:

— ¡Hija!... ¡hija mia!...

Y la estrechó contra su pecho y la besó con locura.

Hubo un momento en que me creí que el conde se habia vuelto loco.

Lucila arrodillada, ocultaba su rostro anegado en lágrimas en el seno del anciano.

En seguida se levantó y se retiró como una corza espantada.

— ¿Me abandonas, Lucila? dijo el conde, ¿acaso te avergüenzas de que te haya amado como una hija, obediendo á los secretos impulsos de mi corazón?

Lucila corrió y abrazó á su padre.

— ¡Dios mio! dijo el conde alzando los ojos al cielo y colocando una mano sobre la cabeza de Lucila.

¡Dios mio! ¡gracias, porque habeis permitido que los padecimientos de esta infeliz criatura hayan llegado á su término, y porque me habeis dado este supremo consuelo en mi ansiedad! Levántate, hija mia, quiero verte... ¡Oh! ¿y me podré cansar de mirarte?... Julian, ¿no decis que vive el esposo de mi hija?

— Si, señor conde.

— Id, amigo mio, y contadle todo.

Tomé mi sombrero y salí con los ojos preñados de lágrimas.

V.

Esa noche referí todo á Onofre.

¡Pobre amigo mio, cuánto sufrió!...

Y yo... nada... nada...

Empaqueté mi equipaje y abandoné la casa sin que lo supiera Onofre.

Al día siguiente daba todos los pasos necesarios para llenar las formalidades que exige la ley, para la compra de una pequeña quinta situada á tres leguas de la ciudad.

Ese mismo día quedó todo arreglado y tomé posesión de mi nueva morada.

VI.

En la noche del día siguiente, embozado en mi capa, pasé por la calle donde estaba situada la casa del conde.

Me detuve un instante y sentí ruido de música.

Interrogué al portero y me respondió que habia gran concurrencia, que se bailaba y cantaba.

Dí una propina al portero, enjugué una lágrima que no pude evitar y regresé á mi quinta.

— Con que ellos sean felices, ¡qué importa que yo sea desgraciado! me dije.

VII.

Ocho días despues escribí la siguiente carta á Onofre:

JULIAN Á ONOFRE.

« Por fin el destino se ha cansado de haceros su juguete.

» Sois feliz, Onofre.

» Habeis encontrado á Lucila.

» Yo tambien lo soy, porque he tenido el placer de ver reunidas á dos personas que tanto he amado.

» Me he separado de vos, Onofre, porque la felicidad gusta del retiro.

» Entregado á la caza y al recuerdo de mis amigos, vivo en una quinta que he comprado, á tres leguas de la ciudad.

» Sed feliz, amigo mio.

» EMILIO. »

ONOFRE Á JULIAN.

« Os equivocais, amigo mio, no soy dichoso como lo pensais, hay un vacío en mi corazón que es muy difícil de llenar.

» Respeto á Lucila, la considero, mas no la amo, porque... porque mi corazón no puede amar.

» Soy un mártir que se ve obligado á engañar á la sociedad, representando un papel que estoy muy lejos de sentir.

» En ocho días me he vuelto reservado y frio como un inglés. Pocas veces me rio.

» El conde se muestra franco y obsequioso conmigo. ¡Tal vez es verdad que me aprecia el pobre conde! sin embargo, conoce mi comportamiento para con Lucila y la disimula.

» Deseo viajar y seguir la vida que llevábamos hace un mes.

» A Lucila le he mostrado vuestra carta, y me ha dicho vuestro verdadero nombre.

» Os compadezco y os admiro, amigo mio.

» ONOFRE. »

LUCILA Á JULIAN.

« Habeis huido de nosotros creyendonos felices... ¿Creéis, Julian, que la felicidad puede volver al corazón que la perdió para siempre?

» Onofre se muestra grave y circunspecto.

» Hemos tenido frecuentes reuniones y no he podido estar contenta... no sé por qué. Quisiera estar sola, lejos, entre árboles y flores... así como vos estais, Julian.

» Ayer me contó el conde el motivo que le habia obligado á separarse de mi madre. Os lo voy á referir en pocas palabras.

» Al ausentarme, me dijo, de mi patria, te dejé á tí, hija mia, de un año mas ó menos. Era una especulación en grande el motivo que me obligaba á abandonararte.

» El buque en que me embarqué sufrió á los pocos días una tempestad terrible, la mayor parte de la tripulación pereció, y yo me salvé por casualidad. Habiendo perdido una fortuna, me fué preciso pasar por todas las vicisitudes de la miseria. Por último, á fuerza de economía y trabajo, merecí reunir una corta suma que hasta la fecha ha ido en aumento.

» Una cosa vitupero en él: que en tanto tiempo no se haya atrevido á volver al lado de mi madre. No se lo he dicho; pero le he exigido que escriba. Hoy lo ha hecho.

» ¡Pobre madre, cuánto deseo verla, Julian!

» Mi esposo me ha mostrado vuestra carta y me ha dicho: *Ese hombre es generoso.*

» Escribidme, Julian, que lea vuestras palabras ya que no oigo vuestra voz.

» Vuestras cartas creo que me harán bien.
 » Cuando leí la que escribisteis á Onofre, me pareció que me sentía mejor.
 » Adios, amigo mio...

» LUCILA. »

Leí la carta de Lucila.
 Y no la contesté.
 De esta manera creia obrar con delicadeza.
 A los pocos dias despues, recibí otra; estaba concebida en los términos siguientes :

LUCILA Á JULIAN.

« Apreciado amigo : procurad venir á ver á Onofre que se halla enfermo de gravedad; se acuerda mucho de vos, quizá vuestra presencia le sea favorable.
 » Vuestra amiga,

» LUCILA. »

Esta esquela me causó alguna sensacion.
 No me reconvenia siquiera porque no le habia contestado su primera carta...

Y conocí que la pasion que se encarna en nuestro corazon, no nos abandona sino con el último aliento.
 Por un movimiento de egoismo ó de despecho, tambien contesté este segundo billete.

Pero debo confesar que desde ese momento, la caza no me fué tan agradable como antes.

Dos meses despues, mas ó menos, me ocupaba en regar las flores de un pequeño jardin, cuando un criado me anunció que un desconocido preguntaba por mí, con mucho interés.

Me dirigí á la casa, y antes de llegar, conocí á un criado del conde que me salia al encuentro.

— Señor, me dijo, este billete os envia el señor conde.

El corazon me latió con violencia.

Abrí la carta y lei lo siguiente :

EL CONDE DE PAMERAL Á JULIAN.

« Querido amigo : Lucila es viuda, vuestro compañero ya no existe. Dentro de breves dias me parto con mi hija para N...

» Quiero volverla al lado de su madre.

» Mandad á vuestro servidor en lo que creais conveniente.

» EL CONDE DE PAMERAL. »

La lectura de esta carta me anonadó por un instante.

Y me sugirió pensamientos diversos.

¿Cuál era la intencion del conde al darme cuenta que su hija era viuda y que se partia con ella para N?...

¿Por qué Lucila no me escribia?

¿Seria un plan acordado de antemano?

— Voy á contestar, dije al portador, espérame en ese aposento.

Y escribí una carta en que referia cuánto sentia la muerte de mi amigo y sobre todo la viudez de Lucila, y concluia :

« Como en vuestro viaje, señor conde, teneis que pasar por la ciudad de P... os remito la escritura de un pequeño aposento que compré en esa ciudad, ha-ced aceptar á vuestra hija ese pequeño obsequio, que en muestra de respeto y amistad le hace vuestro amigo,

» JULIAN. »

Entregué la carta al portador y este partió aceleradamente.

Han trascurrido seis meses y no he tenido noticias de Lucila.

¡Pobre criatura, al menos tendrá el consuelo de estar al lado de su madre!...

Lo que es por mí, lector, he prometido no salir de mi nueva habitacion.

El ruido del mundo llega á mis oidos como los quejidos del mar tempestuoso que principia á calmarse.

Y, ¿qué es el mundo para mí?

Una lucha perpétua de egoistas pasiones.

¡Ay! ¡demasiado lo conozco yo!...

Hoy he concluido estas Memorias, lector, y tal como las he escrito os las presento.

Dicen que un loco casi siempre habla verdades.

¡Aprovechaos!

MANUEL CONCHA.

Desde que en 1859 la bandera francesa flotó sobre las murallas de Saigon, á consecuencia de la guerra provocada por las crueles persecuciones de que los misioneros fueron víctimas, pasaron á formar parte de aquella nacion las seis provincias que componian la baja Cochinchina.

Desde esta época se trató de explorar todo aquel país, y ya hoy vemos cumplida esta difícil mision, merced al concurso prestado por el ministro de Marina, que era entonces el marqués de Chasseloup-Laubat, á quien la Francia debe una parte de su prosperidad interior.

Véase el extracto leído por M. Vivien de Saint-Martin á la Sociedad :

« Un río inmenso que solo se conocia de nombre, reconocido, sondado y levantado un plano sobre una extension de 500 leguas; vastas comarcas que los europeos ignoraban; poblaciones que no se conocian, con una descripcion de sus costumbres, su religion y la constitucion de sus habitantes, datos curiosos é importantes para la solucion de ciertos problemas sobre los estudios etnológicos, y un estudio del mas célebre monumento religioso del Asia, presentado por la primera vez hasta en sus menores detalles, y tratado todo bajo un nuevo sistema de investigacion científica y de comunicaciones políticas ó comerciales, de gran importancia para el porvenir de aquella jóven colonia. Estos son los puntos principales que contiene la obra que anunciamos, y de que nadie podrá desconocer su utilidad. »

* * *

LÍNEAS TELEGRÁFICAS DEL GLOBO.

M. Neumann ha publicado en el *Anuario geográfico* de Behm, Gotha, de 1872, un importante artículo acerca de los telégrafos eléctricos, del que sacamos los datos siguientes :

La Europa y la América están unidas por tres cables; el primero fué colocado en 1865, y tiene de largo 436 leguas geográficas (3,238 kilómetros 120); el segundo, tendido en 1866, de 454 leguas geográficas de largo (3,368 kilómetros, 680); y el tercero, puesto en 1869, tiene de largo 813 leguas geográficas (6,032 kilómetros, 460).

En aquella época se deseaban colocar otros cables, y ya la Francia trataba de establecer un cuarto. Además, en Londres se concibió un proyecto de cable entre la Europa y la América meridional. Segun una memoria de New-York, la sociedad telegráfica americano-atlántica proyectaba tender un cable desde el otro extremo de Long Island á la costa de Inglaterra, ó de Holanda. Por último, en febrero de 1872, la Cámara de California habia ofrecido conceder á una compañía la autorizacion de colocar un cable desde San Francisco á China.

Entre el Asia oriental y la Europa existen dos líneas: la indo-europea se divide á su vez en línea turca (pasando por el golfo Pérsico á Faó, Diarbekir y Constantinopla) y la rusa (por Karatchi, Bouchin, Teheran y Varsovia). Despues hay el cable directo por Aden y Suez á Alejandria y Malta; y desde este punto hasta el continente. Por último, el gobierno ruso ha continuado la línea telegráfica de la Siberia desde su antigua estacion terminal Stretensk, á lo largo de la Chilka y del Amor hasta Khabarowka á la confluencia del Oussouri con el Amor. Esta línea tiene de largo 2,012 verstes (2,147 kilómetros) con dos hilos; formando parte de una gran línea que de San Francisco corre por la América, el Océano Atlántico, la Europa y el Asia setentrional hasta el Gran Océano y en el Asia oriental.

Por esta misma línea se establecerá una que reuna la China y la Europa occidental, y ya en 1871 existia otra línea que, partiendo de Tien Tsin, pasa por Shang Hai, Hong-Kong, Singapore y Pointe-de-Galles; mientras que la comunicacion con la Rusia se efectúa por la via de Kialhta por medio de correos de Tien-Tsin (gran correo); y muy en breve esta comunicacion se hará tambien directamente, uniendo el telégrafo del Amor con otro sub-marino por Shan-Haü, Tou Tcheou y Hon-Kong. Además, esta misma línea reúne la Rusia al Japon; y desde 1871 la union está hecha hasta Osaka y Yokohama. Hallándose enlazadas al Japon las ciudades de Yokohama, Yeddo, Hiego y Osaka, nos llegan telégramas de estas importantes plazas comerciales por la línea ruso-asiática del Amor.

Desde 1869 Piniag, Singapore y Batavia, y desde 1870 Pinaud y Madrás, estando unido entre ellas, se ve establecida la correspondencia telegráfica directa entre esta parte del Asia y de la Europa, y por tanto, con la América.

La Inglaterra trata de establecer una línea directa entre la metrópoli y todas las posesiones británicas, empezando probablemente por unir la Australia con la India, la China, é indirectamente tambien con la Europa; la colonia de la Australia meridional estableció por su cuenta la línea continental desde Port-Augusta hasta Port-Darwin en el Norte; y desde este punto una sociedad inglesa colocó un cable submarino hasta Java. Además, se trata de conducir el telégrafo de Queensland hasta el golfo de Carpentaria.

Por último, en cuanto á la union del sur del Africa con los otros continentes, se trata de enlazar la colonia del Cabo á la de Natal y de establecer una línea, á partir de éste último punto por Madagascar á Aden,

comprendiendo en esta red la isla de Mauricio, de Francia, la Reunion, las Seychelles y Socotora.

Despues de estos datos sobre las líneas universales, daremos las cifras relativas á la red telegráfica de la Europa, como término de comparacion en los últimos diez años :

AÑOS.	LONGITUD en kilómetros.		NÚMERO	
	de las líneas.	de los alambres.	de estaciones.	de los despachos.
1860...	126.140,000	293.832,000	3,502	8.917,938
1865...	198.114,000	543.144,000	7,785	20.850,511
1868-69.	245.624,260	676.459,140	10,995	30.984,008
1869-71.	271.297,460	728.592,060	13,578	38.567,298

En los años sucesivos tenemos los datos siguientes:

ESTADOS.	LONGITUD en kilómetrs. de las líneas.	NÚMERO de los despachos.
Gran Bretaña (1868).	35.460,180	6 087,046
Francia (fin de 1869).	42.301,420	4.213,183
Alemania (1870).	25.962,580	8.112,767
Rusia (1869).	40.817,420	1.589,417
Austria (1871).	18.468,380	2.690,921
Italia (principio de 1870).	16.398,200	2.080,539
Turquia (1870).	25.487,700	825,393
Hungría (1871).	13.971,860	1.356,165
España (1870).	11.219,040	751,512
Baviera (1869).	5.720,820	858,705
Suecia (1870).	6.833,820	590,300
Bélgica (1870).	4.221,980	1.772,586
Suiza (1870).	5.136,900	2.784,848
Países Bajos (1871).	2.990,260	1.850,893
Noruega (1867).	4.808,160	709,238
Portugal (1871).	2.841,860	612,138
Dinamarca (1869).	1.958,880	409,867
Rumania (1871).	3.316,740	321,017
Wurtemberg (1870).	2.129,540	700,763
Grecia (1866).	445,200	50,000
Servia (1866).	786,520	50,000
Total en Europa.	271.297,460	38.567,298

La correspondencia telegráfica casi ha cuadruplicado en el espacio de diez años.

El número de los despachos que damos á continuacion, es el número total de los habitantes de la Europa en relacion de 38'6 á 300'9, es decir, que hay 128 despachos por 1,000 habitantes.

Se cuenta una estacion telegráfica :

	Milla cuadrada.	Kilómetro cuadrado.
En Bélgica	por 1.24	68.20
— Suiza.	— 1.38	75.90
— Wurtemberg.	— 1.74	95.70
— Gran Bretaña.	— 2.34	128.70
— Países Bajos.	— 2.43	133.65
— Baviera.	— 2.56	140.80
— Alemania.	— 2.97	163.35
— Francia.	— 3.70	203.50
— Italia.	— 4.66	256.30
— Dinamarca.	— 7.80	429.00
— Austria.	— 9.90	544.50
— Hungría.	— 11.50	632.50
— Portugal.	— 13.78	737.90

Entre los estados, excluyendo la Europa, en que se observa mayor desarrollo en las líneas telegráficas, aparecen la América del Norte y las Indias orientales. En los Estados Unidos del Norte, la red comprendia en 1868 aproximadamente 12,000 leguas geográficas (89,000 kilómetros); en 1869 era de 15,848 leguas geográficas (117,592 kilómetros); y en abril de 1871 ascendian á 15,891 leguas geográficas (117,911 kilómetros).

La longitud de los hilos geográficos desde 1869 hasta 1871 es de 28,360 leguas geográficas (210,431 kilómetros) á 32,714 leguas geográficas (242,737 kilómetros) mientras que el número de estaciones en ambos años era de 5,029 á 5,914.

En Asia la red telegráfica de las Indias orientales se elevaba en 1865 á 2,500 millas geográficas (18,500 kilómetros) y en 1869 ya contaba con 3,036 leguas geográficas (22,527 kilómetros, 120). El número de estaciones se eleva á 566.

Con arreglo á estos datos, y segun los estados transcritos mas arriba, podia graduarse á fines de 1872 que la longitud de las líneas telegráficas sobre el globo era de 66,000 leguas geográficas (489,720 kilómetros) para la explotacion, con 18,000 estaciones abiertas al comercio.

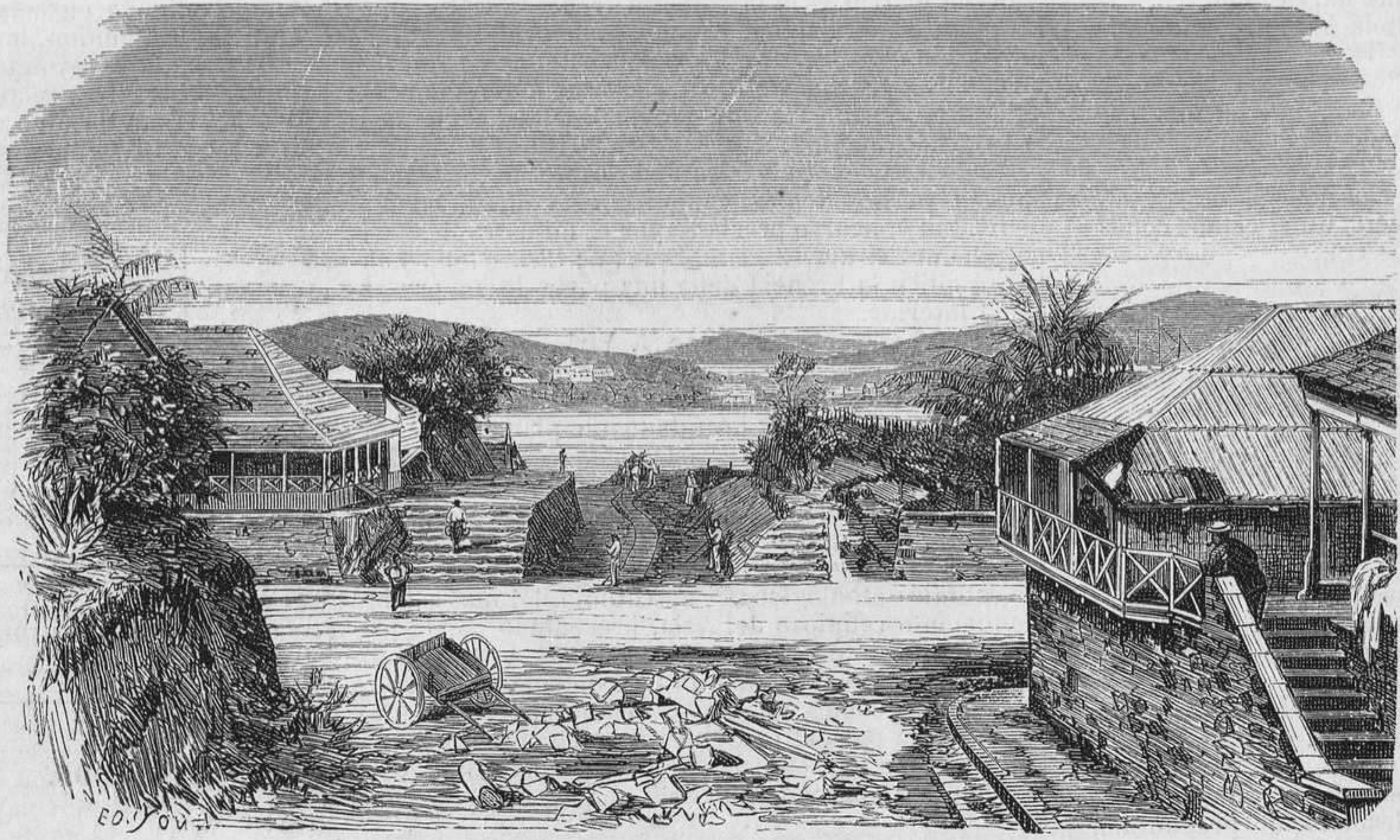
BOLETIN

DE CONOCIMIENTOS ÚTILES.

VIAJE DE EXPLORACION EN LA INDO-CHINA.

M. Vivien de Saint-Martin ha dado cuenta á la Sociedad de geografía de un informe acerca de la obra que acaban de publicar los exploradores del Me-Kong.

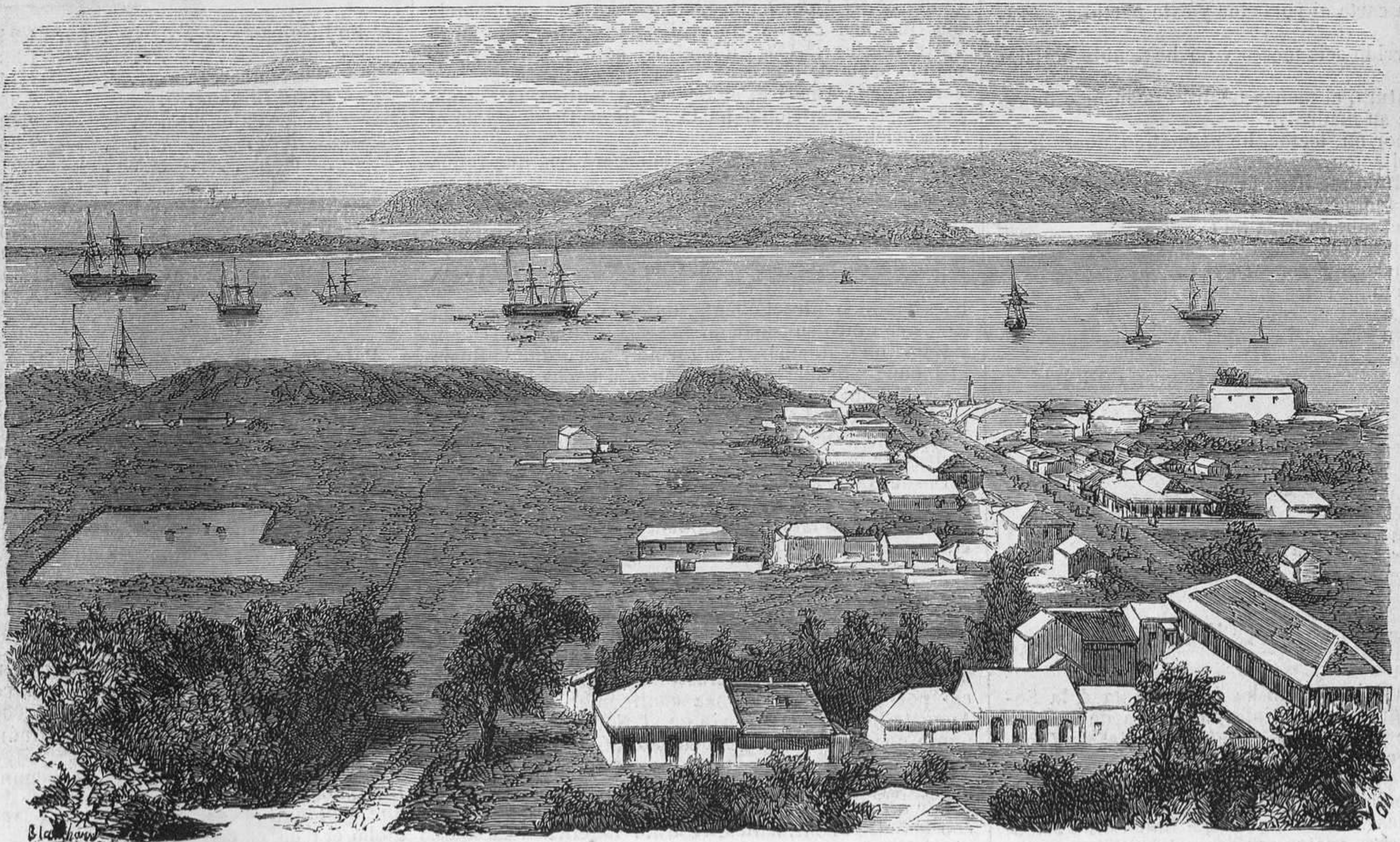
Esta publicacion es una de las mas importantes que ha visto la luz pública en nuestros dias, y que nos revela datos preciosos sobre la geografía, la historia, las antigüedades y la etnografía del Indo-China oriental, es decir, sobre vastas comarcas del Asia, que apenas conocemos.



Una calle de Numéa.



Campamento de la infantería de marina en la isla de los Pinos.



LA NUEVA CALEDONIA. — Aspecto de la rada de Numéa el día de la llegada de los primeros deportados.

La Nueva Caledonia.

Los dos buques de la República francesa que trasportaron á la Nueva Caledonia condenados políticos, acaban de llegar á Brest. Ambos buques, que dejaron á aquellos antipodas en el mes de diciembre, despues de una estacion de un mes en la rada de Numéa, son: la *Danaé*, mandada por M. Riou de Kerprigent, capitan de fragata, y la *Garonne*, mandada por M. Rallier, que á su llegada á Numéa recibió la noticia de su promocion al grado de capitan.

La *Danaé*, habia conducido á la isla de los Pinos y á la península de Ducos, un cierto número de partidarios de la Commune y de condenados políticos, de que hoy no podemos ocuparnos. Solo diremos que Assi, Régère, Gentelet y Bäuer, formaban parte del convoy.

El *Danaé*, tenia á bordo 250 condenados políticos, y la *Garonne*, conducia 614 con destino á la isla de los Pinos y á la península de Ducos.

En diciembre de 1872, en cuya época las dos fragatas levaron anclas en Numéa para regresar á Francia, el total de los condenados trasportados á la Nueva Caledonia por los buques el *Var*, la *Jura*, la *Danaé*, la *Guerrière*, la *Garonne* y la *Virginia*, ascendian próximamente á 5,500 individuos, sin incluir un centenar de mujeres, ni los criminales sentenciados á presidio que desde que penetran en la Nueva Caledonia toman el nombre de obreros de la trasportacion.

No hallándose aun los detenidos en diciembre último completamente instalados, y siendo excesivamente corta la estacion que en Numéa hicieron los buques que nos traen la correspondencia, no ha permitido á nuestro corresponsal enviarnos los grabados que le habiamos pedido; pero confiamos que en algunas semanas podremos ofrecer á nuestros lectores muchos grupos, entre los cuales encontrarán fácilmente personas que han figurado en los acon-



El disfraz de guerra de los unéas.

tecimientos que tuvieron lugar en Paris desde el 18 de marzo, y que hoy se encuentran expiando sus errores en la isla de los Pinos ó en la península de Ducos.

No se conoce bastante el objeto que el gobierno francés se propuso al sustituir á Cayenne con la Nueva Caledonia, cuyo clima es, sin disputa, mas saludable; y hasta se ha tratado de extraviar la opinion pública, al asegurar que los condenados políticos eran considerados como criminales.

No es exacto, pues el gobierno, al obrar así solo lo ha hecho con el noble objeto de regenerar al hombre por medio del trabajo; y en cuanto concierne á los criminales, obedece tambien á un sentimiento de humanidad, enviando á climas mas benignos que el de Cayenne ó de Nouka-Hiva, á hombres que han ocupado una posicion mas ó menos política.

Los grabados que ofrecemos con este artículo están copiados de fotografías, pues en esta parte, la Nueva Caledonia nada tiene que envidiar á la Francia, en razon á que cuenta con veinte fotografías ingleses.

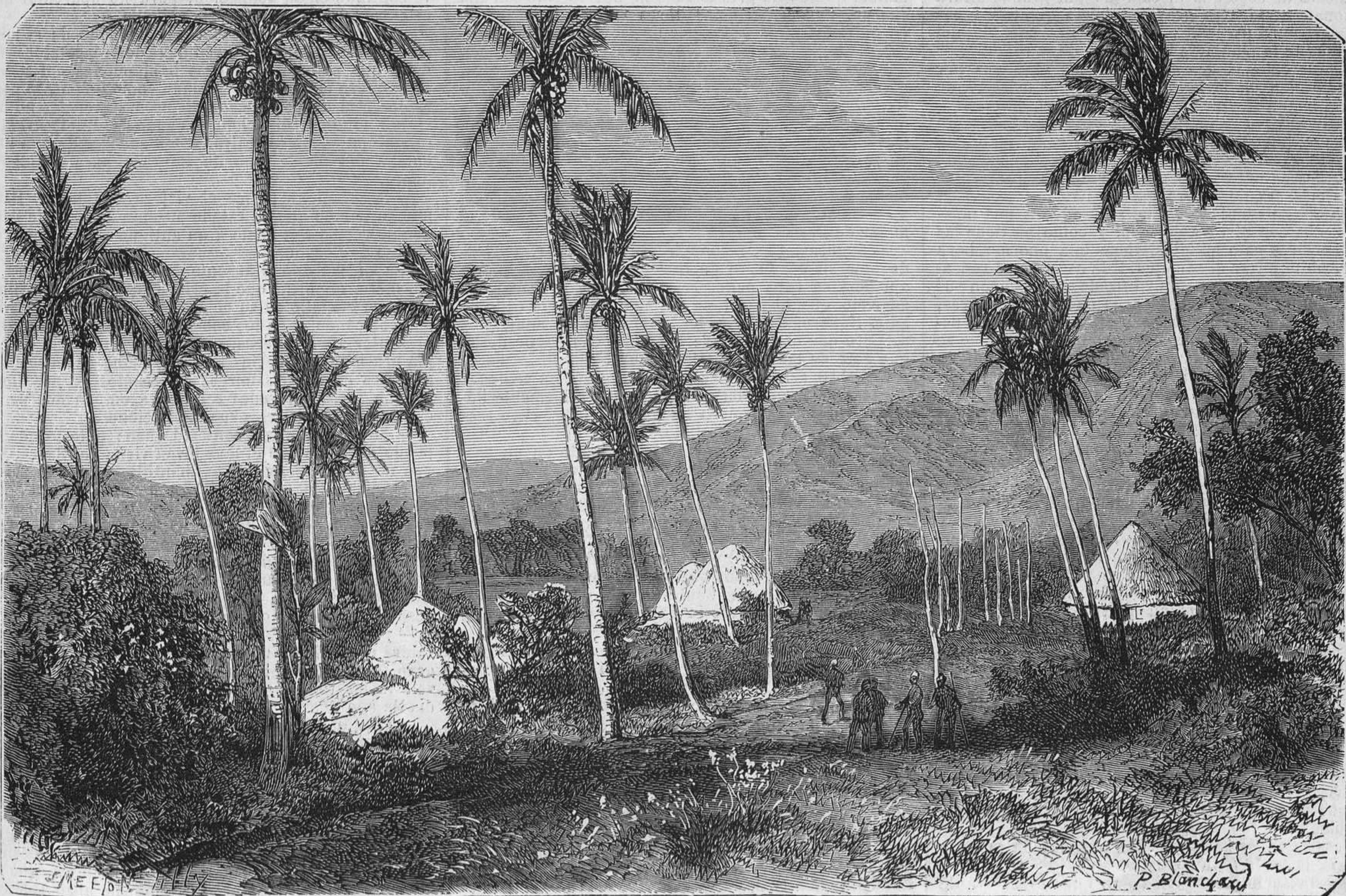
Una de las vistas, representa una calle de Numéa, que da una idea bastante exacta de las construcciones indígenas, con sus galerias circulares, que permite resguardarse de los rayos del sol.

Todas las casas están construidas de argamasa, formada de barro y paja, pues apenas se ven algunos edificios de piedra, y con un solo piso, por la falta absoluta de materiales, y porque los obreros de la trasportacion, solo trabajan por cuenta del Estado.

A la izquierda se apercibe una casa ocupada en este momento por un fotógrafo.

Diferentes obreros trabajan en desmontar el cerro de Conneau, trasportando la tierra á orillas del rio, para formar un muelle.

Al fondo se ve de perfil la isla de Nouü. Una de sus calles que parten del mar, está en via de construccion, mientras que la otra descende por la



Aldea de Kanala.

derecha y conduce al centro de la ciudad de Numéa.

El otro grabado permite juzgar del conjunto desde lo alto del telégrafo. En el primer plano se observará la calle de Sebastopol, que atraviesa toda la población; el café llamado de los oficiales, presenta su fachada, y sobre la derecha, se advierte un gran edificio que es la manutención.

La calle ancha que se percibe, está en el eje de la estacada que sirve de desembarcadero; y sobre el lado izquierdo, se encuentra el arsenal, la taberna, el hospital y las oficinas del comisario, las casas del ordenador, del jefe del servicio judicial, las oficinas del secretario y del gobierno de la colonia, con sus dependencias.

A la derecha, se encuentran las oficinas de correos, la dirección del puerto y el tribunal.

A la izquierda, se ve el cerro Conneau, que en la actualidad tratan de desmontar, y el depósito de carbón; y en el interior, y con dirección a la península Ducos, y sobre la rada, algunos buques están anclados, entre los cuales se hallan la *Rance*, la *Danaé* y la *Garonne*.

El campamento de la isla de los Pinos, ocupado en este momento por un batallón de infantería de marina, da una idea de la manera como están instalados los detenidos políticos; pues aunque no es definitiva, la dulzura del clima la hace suficiente. Como se observará, los naturales están vestidos de un modo menos primitivo, pues desde el mes de mayo el gobernador M. Gaultier de la Richerie, dispuso que los canaques que frecuentan aquellos centros, llevasen pantalones ó una tela que les cubriera hasta los pies. Esta resolución fué tomada desde la llegada a la Nueva Caledonia de algunas señoras de los oficiales ó de las familias de los condenados.

Los detenidos en la península Ducos, estarán expuestos, desgraciadamente, á enfermedades muy temibles, á causa de los muchos paletuvios que se encuentran en ella; mientras que los que residen en el interior de la isla de los Pinos gozarán de todas las ventajas que proporciona la frondosidad del suelo.

Para señalar en la isla de Ducos el perímetro de la zona, llamado recinto fortificado, se han colocado pilares de veinte en veinte metros, en que se leen las palabras: *Límite militar*.

Uno de los sitios mas pintorescos de la Nueva Caledonia, es la aldea de Kanala, situada al borde del mar, al noroeste de la isla en la comarca de Uaitu.

Los naturales del país buscan los cocos, pues al mismo tiempo que les libra de los rayos del sol, les ofrece alimento, bebida y una madera filamentosas que les sirve para fabricar redes ó armas. A pesar de los frutos con que el cocotero brinda á los habitantes del país, su proximidad no está exenta de peligros, porque en la época de su madurez los vientos arrancan las nueces de coco que al caer de tan grande altura ocasionan accidentes graves y hasta algunas veces mortales, muy parecidos á la que nos cuentan del dormilon de la fábula de la *bellota* y de la *calabaza*.

Terminaremos la descripción de los grabados por la explicación de la horrible y deforme máscara de guerra. Según M. Jules Patouillet, médico de marina, esta máscara pocas veces se usa para la declaración de guerra, pues mas bien la emplean como un objeto de diversión en sus grandes fiestas y particularmente cuando los naturales deben bailar el *Pilu-pilu*.

Esta máscara de guerra que se llama *Apuéma*, en lengua neo-caledoniana, y que se reduce á una máscara hecha con cáscara de coco, y como no tiene las dos aberturas para los ojos, tiene una enorme boca que permite mirar al canaque. Esta careta está rodeada de cabellos humanos muy erizados, y la tienen sujeta al cuello y á una blusa hecha de red, sin mangas, que les llega hasta el muslo. En cada malla tienen pegadas plumas de paloma, de modo que el canaque se asemeja á un hombre que despues de haberle untado de pez le hicieran rodar sobre una espesa capa de pluma.

Disfrazado de este modo, toma una azagaya y algunas fibras de coco y despues empiezan á marchar hácia atrás amenazando con su arma á los bailarines del *Pilu-pilu*.

Cuando estos están en cuclillas sostenidos sobre las puntas de los pies, sin que la parte posterior toque al suelo, el *apuéma* sale en busca de un hechicero, y despues de muchas ceremonias alegóricas, da principio á la danza del *pilu-pilu*, que algunas veces dura noches enteras. Hé aquí á qué se reduce este baile:

Al grito gutural que da el jefe, los bailarines se ponen en movimiento acompañándose con silbidos y agitando la mazorca de cacao. La cadencia de la danza consiste en marcar con regularidad cinco pasos marchando lentamente y cinco despues con precipitación.

A cada grito del jefe, las manos cambian de movimiento y de posición, con una igualdad perfecta.

En seguida simulan en su sistema coreográfico, la plantación y el cultivo de la batata, los hechos de guerra, los funerales, etc., y cuando están extenuados de fatiga y cubiertos de sudor, los bailarines se echan al agua, mientras que las mujeres desfilan y simulaban que pegaban con una macana á un enemigo invencible.

Una vez que los bailarines son pagados en moneda del país, la fiesta ha terminado.

Por esta sucinta relación se ve que la máscara de guerra es mas bien para una fiesta, y solo en muy raras ocasiones los naturales usan de ella para declarar la guerra á una tribu vecina.

P. B.

Hace cien años

1772

EPISODIO DEL ANTIGUO RÉGIMEN.

El 31 de diciembre del año 1872, hizo justamente un siglo, una de esas máquinas que ruedan y que sin duda por antifrasis se empezaron á llamar « diligencias » subía por la calle de Saint-Denis, con gran estrépito, que unido al estallido del látigo que agitaba en el aire y con que el postillon aturdió á los transeuntes, hacia que aumentara aun mas su estruendo. Este postillon llevaba sombrero de hule, una chaqueta azul con vueltas encarnadas, guarnecida de botones de cobre, grandes botas que le subían hasta la rodilla y una peluca, cuya coleta le colgaba entre los omoplatos. Estaba afeitado ó al menos debía de estarlo. En cuanto á la estrepitosa baraunda que acompañaba al movimiento del coche, no era mas que una señal afectuosa que dirigía el automedonte á los habitantes del barrio, para informarles que regresaba de Chantilly con cargamento de viajeros; aviso casi inútil para la mayor parte de estos pacíficos habitantes, que encerrados todos en sus respectivas habitaciones por ser la hora de la cena, no les inquietaba entonces el ruido de la calle. El vehiculo seguía su camino saltando sobre las gruesas piedras con que el preboste de Paris obstruía las calles bajo el pretexto de empedrarlas, hasta que por fin entró en un patio en donde todos descendieron. Los pasajeros que venían en la diligencia eran dos: el primero tendría próximamente treinta y cinco años, vestido y peinado con la mayor elegancia, si bien su traje y su peluca parecían ligeramente ajados por el viaje; y el segundo, un poco mas joven, su traje aparecía con un corte algo exótico, y llevaba aun la espada que ya no estaba en uso en la clase civil y que le daba un cierto aire militar. Aunque los dos jóvenes habían hecho una travesía de seis leguas, era evidente que apenas había mediado entre ellos la menor palabra, pues las primeras que cambiaron al descender del carruaje, fueron para murmurar del mal estado de los caminos, y sin que ninguno de los dos trataran de prolongar mas la conversación. Dichas estas palabras, con ese buen humor tan natural en los franceses, siempre dispuestos á reír, hasta de sus infortunios, cada uno de los viajeros se apresuró á buscar su equipaje, si bien el de mas edad de los dos parecía menos preocupado de su maleta que de un grueso saco de libros atado con una cuerda. Felizmente estos libros y el equipaje fueron encontrados y recogidos por un mozo de la caballeriza, que tenía las piernas envueltas con heno á modo de botas. Otro mozo, calzado de la misma manera, descendiendo del imperial, no sin gesticular y gritar inútilmente las dos maletas del militar; y despues de ofrecer generosamente cada viajero al postillon un franco, entraron todos en el hotel de Artois, situado en el mismo patio en donde se había detenido la diligencia. Entonces el mas joven preguntó respetuosamente á su compañero de viaje:

— Caballero, ¿el hotel de España, sigue siendo el mejor de Paris?

— Seguramente, respondió el interlocutor, sonriendo bajo su sombrero de tres picos, mientras que se ajustaba su capa para preservarse del frío; pero os advierto que el hotel de España está en la calle de Saint-Honoré, es decir, bastante lejos de aquí, y os aseguro que el hambre se me ha hecho sentir desde que gozo de tan fresca temperatura.

Al hablar así, le indicaba con un gesto las ventanas del piso bajo del hotel de Artois, admirablemente iluminado por un hermoso fuego de leña, y cuyo resplandor alumbraba la mitad del patio.

Ante el fuego aparecían fraternalmente en un asador, una liebre, una gallina y un gran trozo de ternera, y delante del asador se veía un joven adornado con un gorro blanco tradicional, y armado de una cuchara de que se servía para esparcir el jugo sobre las tres piezas.

— Ved aquí, dijo el viajero de la capa, acercándose á las ventanas, algunos objetos que constituirían la felicidad del príncipe de Soubise, pues si debe creerse á malas lenguas, prefería una buena comida á una batalla.

Al terminar estas palabras empezó á reír con todas sus fuerzas, no tardando mucho en imitarle su compañero.

Los viajeros encontraron á la puerta al posadero vestido de blanco, que con la sonrisa en los labios, les dice, que previendo la visita de algunos personajes, había preparado una comida mucho mejor que de ordinario; y al proferir tan solemne embuste miraba por encima de los dos hidalgos si no le habían llegado otros parroquianos; pero no percibiendo ninguno hizo un gesto apenas perceptible, no sin felicitarse interiormente por la bienvenida de aquellos que la Providencia le enviaba. En el momento de entrar en el hotel hubo entre los dos viajeros los cumplimientos que entonces estaban en uso y que tal vez hoy nos parecerían ridículos. El de mayor de edad, dirigiéndose á su compañero, le dice:

— Permitidme, caballero, que pase el primero para enseñaros el camino.

Dicho esto, entra en la cocina, en donde la liebre, la ternera y la gallina se asaban en compañía, bajo la vigilancia del marmiton, gracias á la cooperación de un perrito dorado, que encerrado en un cilindro daba vueltas, imprimiendo así al asador el movimiento que el caso requería.

Estando aun las artes en la infancia, no se podía exigir mas en una época en que el vapor no había reemplazado todavía las fuerzas animales.

La civilización estaba tan poco avanzada en esta época, que las posadas de segundo orden carecían de comedor; y por consiguiente, los viajeros se veían obligados á comer en la cocina. Por lo demás, este departamento del hotel de Artois os inducía á guareceros bajo su hospitalario techo, con su gran chimenea, su bonito pavimento de baldosas encarnadas cubiertas de arena amarilla; su gran mesa blanca y reluciente y un sinnúmero de resplandecientes cacerolas. En las vigas ennegrecidas por el tiempo que se veían en el techo, se divisaban jamones de Mayenza, grandes pedazos de tocino, mezclados con ramos de espliego y otras plantas aromáticas. Mas lejos estaban montones de velas atadas todas y una gabilla de cebollas, con las cuales una joven sirvienta hacia algunos preparativos que reclamaba sin duda la marmita que se veía al fuego. La criada era bastante linda, y su desenvoltura la hacia todavía mas seductora. Su traje se componía de un zagalejo blanco á rayas encarnadas, cubierto por delante con un delantal de tela ordinaria y una pequeña papalina atada debajo de la barba. El calor que despedía el fuego la había obligado quizá á aligerarse un poco, pues ya no llevaba su esclavina, y su corsé ligeramente abierto en su parte superior, dejaba descubrir su pecho, cuya blancura contrastaba particularmente con sus cabellos negros y el color de púrpura que aparecía en sus mejillas.

Vestida de esta manera, con los brazos desnudos hasta el hombro y armada de un cuchillo con que empezaba á partir algunas legumbres, se parecía á una Diana en traje de caza, ó alguna sacerdotisa preparada para el sacrificio; así que los dos viajeros sorprendidos y probablemente encantados al verla, no pudieron menos de quitarse sus sombreros. La joven contestó á este acto de urbanidad con una respetuosa reverencia, no exenta de coquetería como lo hace una joven bonita y que no ignora que lo es; pero de repente se vuelve para disimular la risa que se había apoderado de ella. ¿Cuál sería la causa de tan repentina hilaridad? El mas joven de los viajeros había dejado ver al descubrirse que no llevaba peluca, peinado tan ridículo entonces para un hombre, como hoy lo sería para una señora. El marmiton advirtió también la falta de la peluca, pero muy en breve continuó en su ocupación, para no aparentar que esta excentricidad le parecía ridícula.

— Jacoba, dice el posadero, mas dueño de sí mismo que sus subalternos, ved aquí dos respetables viajeros que piden las mejores habitaciones del hotel, (este nuevo embuste fué lanzado como un ensayo para explorar la calidad de los viajeros, los cuales no hicieron ninguna objeción) y añade Moufflot, aventurando una nueva tentativa, estos señores desean una botella del mejor vino de Borgoña para rociar la liebre.

— Seguramente, dice el viajero mas joven. Hace mucho tiempo que he estado ausente de Francia para que no reciba con gusto á un antiguo amigo como es el vino de Borgoña.

— ¡Ah! ha estado ausente de Francia, murmura el posadero, mientras que la criada, que ya había limpiado su cuchillo en su delantal y descolgaba dos velas, colocándolas en los candeleros que se apresuró á presentar á los viajeros. ¿Quién sabe si no será un espía prusiano? se decía Moufflot; Juan, ¿conocéis los nombres de estos señores? dirigiéndose al postillon, cuando los dos jóvenes salieron acompañados de la criada para enseñarles sus habitaciones.

— No los conozco, contestó Juan; todo lo que os puedo decir, es que el mas joven viene del Havre, según me dijo el postillon de Chantilly, y el otro subió en el mismo Chantilly. ¡Ah! ¿qué os estoy contando? quiero decir, en la barrera de Saint-Denis. Aquí tuvo una cuestión con los del resguardo, con motivo de un libro escrito por un hereje inglés que llevaba debajo del brazo, un M. Hume, si no me equivoco; pero como los guardas no se andan en chanzas, el libro hubiera sido confiscado, si nuestro hombre no les hubiese deslizado á cada uno un escudo, y eran tres.

— ¡Diablo! ¡nueve libras por un libraco que no valdrá ciertamente un sueldo! Este joven debe ser un gran señor... Tomad, Juan, bebed un vaso... ¡Ah! ya veis si los tiempos son duros, dos viajeros para un día de año nuevo, es bien poco.

— ¿A quién se lo decís? contestó el postillon, despues de tragado el vino que le había servido Moufflot; con el pan de cuatro libras á cinco sueldos, y las habitaciones al precio en que están, no son seguramente para engruesar.

— ¡Y los impuestos! continuó el posadero, sin dejar por esto de continuar preparando la mesa. ¡Si el rey, á quien Dios proteja, se empeña en hacernos zurrar de nuevo por los prusianos y los ingleses, que el diablo le lleve! Nadie, ni aun el mismo abad Terray, el inspector de Hacienda, á quien le deseo las diez plagas de Egipto, nos podrá arrancar el dinero necesario, ni aun para pagar los gastos. No es posible sa-

car un grano de un saco vacío, como dice el proverbio.

— Teneis razon, dijo Juan, quitándose sus gruesas botas para colocar sus desnudos piés al fuego. ¿No es M. Terray que ha dicho que el pueblo se asemeja á una naranja y que debe sacársele todo el jugo? añadió, retorciéndose al mismo tiempo la cola de su peluca, que aun estaba impregnada de hielo; y yo creo que lo hará, porque al pasar por Saint-Denis, oí que iba á aumentar las contribuciones, como un regalo de año nuevo. ¡Ah! ¡si yo pudiera acariciarle las costillas durante cinco minutos con mi látigo!

Y Juan acompañaba sus palabras con un cierto movimiento, que no carecia de elocuencia.

— Seguramente lo merece, añadió el posadero. Si hubiérais estado el otro día en el mercado de los Inocentes, habríais podido emplear en el abad ese poderoso argumento de que acabais de hablar, porque se empeñó en pasar por aquel sitio y el pueblo se amotinó, le rompieron los cristales de la carroza con nabos y tronchos de berza; y si el cochero no hubiera tratado de que los caballos marcharan con mas velocidad, no sé lo que le hubiera sucedido. Era necesario oír á las señoras del mercado apostrofar con todos los epítetos que contiene su catecismo. Ellas le decian que era mas feo que un mono; y esto fué lo que acabó de exasperar á los del mercado. En una palabra, el señor inspector huyó sin entrar en averiguacion, os lo juro.

Al pronunciar estas palabras, Moufflot habia dirigido una mirada á sus cacerolas, disponiendo despues sobre la mesa los objetos necesarios para la comida, y colocando en último término un medio cuarteron de sal gris, que cada grano era del grueso de un granizo. Estos preparativos habian despertado sin duda el apetito de Juan, que dijo, echando una mirada sobre el asador:

— ¡Ved un hermoso pedazo de ternera, de que á fe mia tomaria una tajada!

— Vos cenareis con nosotros, replicó el posadero. Jacoba pondrá la mesa cuando los viajeros hayan concluido. Justamente ya bajan... Clovis, añadió volviéndose al marmiton, corre, ve á la cueva á buscar dos botellas lacradas de rojo, que tengan muchas telas de araña, ¿comprendes? Vamos, baja ligero.

Clovis parte y los dos extranjeros aparecen despues de haber dejado en sus respectivas habitaciones los equipajes. No describiremos la cena, que fué parecida á todas las que gustan á convidados hambrientos. Durante tres cuartos de hora, los nuevos amigos concentraron su atencion sobre los platos de que se componia la comida, despachando sucesivamente uno de truchas, otro de liebre, una torta de crema y otros diversos manjares de que dispensaremos la nomenclatura al lector. Solo cuando Jacoba hubo traído los postres y Clovis otras dos botellas bastante cubiertas de telas de araña, la conversacion empezó á ser mas animada. El mas jóven de los viajeros, recostándose sobre su silla, dijo, metiéndose sus dos manos en los bolsillos de su chupa:

— Solo en este pais se come bien; esta es la primera vez, despues de diez años, que he cenado á mi gusto.

— ¡Diez años! replicó el otro convidado. Habeis empezado muy jóven á correr el mundo.

— ¡Oh! no he viajado solo por placer. Hace diez años, la ciudad de Quebec, en el Canadá, fué tomada y muerto el bravo Montcalm. La Francia entera estaba consternada; ya recordareis ese penoso desastre; y como estábamos entonces tan abatidos por la maldita guerra de los siete años, apenas pudimos organizar una legion, con el objeto de reconquistar nuestra hermosa colonia. Yo formé parte de esta legion compuesta de doscientos hombres que partió á América en 1761, y que seis meses despues estaban en derrota.

— Doscientos héroes, caballero, dijo su interlocutor saludando con emocion.

— Puede ser, añadió el jóven, que levantó al mismo tiempo su vaso á la altura de la luz, contemplando el licor purpurino que contenia.

Los franceses en general no tienen por costumbre despreciarse, y este no veia tampoco razon para que siendo un héroe, no aceptaria el titulo. Este héroe tenia una buena presencia, á pesar de carecer de peluca, de que tanto sorprendió á Jacoba. Su traje, aunque carecia de elegancia, no disimulaba en él que lo llevaba cierta gracia natural, ni bastante vigor para hacerse respetar. Sus maneras, cuando se exaltaba, tenian cierta rudeza, pero sin faltar jamás á la cortesia. En suma, era un perfecto caballero, de un carácter vivo, pero sin ser pendenciero, confiando en su mérito personal, pero sin fatuidad, y aunque hablador incansable, jamás traspasaba los limites que separa la locuacidad del charlatanismo.

En cuanto á su compañero de viaje, los cinco ó seis años que tenia mas que él no bastaban para explicar la calma perfecta y la dulce afabilidad que le distinguian. Desde luego al verle y al escucharle se veia un hombre de gran experiencia, que habia dicho mucho y hasta hecho mucho mas que á primera vista parecia. Solo que su trato con el mundo, en lugar de agriar su carácter, le habia hecho mas indulgente para las debilidades humanas. Así que, cuando se le anunciaba alguna ofensa recibida ó algun hecho egoista, inclinaba su cabeza empolvada, demostrando que sabia ya lo que le relataban ó que habia conocido otros hechos semejantes. Su fisonomia era tan bella como la del jóven y quizá mejor, porque habia en ella esa dis-

tingencia y esa delicadeza que da el trato con el gran mundo. Lo que aun hacia resaltar su mérito era esa inteligencia que se veia resplandecer sobre su frente y en sus miradas; y particularmente su voz era un órgano completamente fascinador, y que hacia decir á todos los que le veian: Este jóven no es un hombre vulgar.

— Puede ser muy bien, repitió el jóven despues de haber desocupado su vaso. A los seis meses, de doscientos que éramos, solo quedamos seis. En cuanto á mí, fui hecho prisionero y conducido á Inglaterra, en donde quedé hasta hecha la paz, esa paz vergonzosa de 1763, que nos ha colocado en el último rango de los pueblos. ¡Ah! caballero, si supiérais lo que es estar prisionero, escuchando todos los dias ¡os hemos dictado la paz que habeis firmado! Ved aquí las humillaciones que la Francia debe al r...

— ¡Silencio! caballero, le dice su compañero, indicando con una mirada expresiva al otro extremo de la mesa en donde cenaban el posadero, el postillon y el jóven Clovis que estaban servidos por Jacoba.

Esta última circunstancia impidió que las palabras del jóven pasaran desapercibidas para el posadero, porque la jóven que no habia perdido una sola palabra, tuvo cuidado de meter ruido, haciendo sonar sus tacones sobre el pavimento.

— Ya sé, continuó el héroe en un tono mas bajo, que no es siempre prudente decir la verdad, pero hay cosas que desearia ver proclamadas por las trompetas de Josué. No podria expresar lo que he sufrido al oír á nuestros enemigos decir que los dias de la Francia habian concluido, que el espíritu de vitalidad parecia que se habia retirado de ella, y que solo éramos buenos para ser cocineros ó maestros de baile de la Europa. Desde entonces no tuve valor para regresar á mi pais. Una vez en libertad, he viajado encontrando por todas partes imperios que surgian de la mano de nuestra rival. En la América, la India y al Sur del Africa, por todas partes la lengua inglesa está generalizada y el nombre francés desconocido ó despreciado. Por todas partes encontré la industria inglesa, y el comercio, bajo pabellon inglés, pueblan los mares; y si he encontrado la Francia, ha sido bajo la forma de alguna mujerzuela ó de algun libro oscuro, que hasta los hombres se encerraban para leerle «inter pocula», y echaban en seguida al fuego con desprecio. Mil veces tuve deseos de ahogar á esos hombres y vengar de este modo los insultos que inferian á mi patria; ¿pero de qué hubiera servido? Continué pues, mis excursiones de comarca en comarca, no queriendo escuchar las noticias que se recibian de Francia para no saber algunas que seguramente me hubieran avergonzado, hasta que un dia en Calcuta supe que la Pompadour habia muerto y que el duque de Choiseul, libre del yugo de esa mujer, renovaba nuestro ejército, y organizaba nuestra marina, introduciendo por todas partes el orden, la prosperidad y la gloria. Tal vez os reíreis de mí cuando os diga que al oír tan agradables noticias oculté mi semblante entre las manos, porque lloraba.

— ¿Por qué llorais? me preguntaron.

— ¡Ah! contesté, lloro como un huérfano que creyendo muerta á su madre, sabe de repente que aun vive.

En este discurso se advertia desde luego una verdadera emocion. Entre tanto Jacoba no cesaba de hacer ruido con sus zapatos, pero sin que por esto hubiera perdido la menor palabra del jóven. El de mas edad de los personajes, que parecia interesarle el relato de su compañero, le llena su vaso, y poniéndose de codos sobre la mesa, le dirige una mirada que parecia indicar:

— ¿Y despues?

— Entonces, continuó el jóven, adivinando los deseos de su amigo, dispuse mi regreso á Francia. Muchos años hacia que esperaba este momento, como un amante que ansia la hora de reconciliarse con el objeto de su amor, ó como el hijo pródigo que desea volver á la casa paterna. El buque en que me embarqué, como era muy velero, solo empleamos tres meses de Calcuta al cabo de Buena Esperanza. En este punto cai enfermo por la gran excitacion que me causaba la impaciencia de verme en mi pais, pues temi que Francia hubiera emprendido grandes empresas, sin haber tomado parte en ellas. Seguramente este sentimiento, lo confieso, no era noble, pero ya sabeis que el amor no está exento de egoismo. Restablecido, en fin, de mi enfermedad, me embarqué en un buque inglés que me transporta del Cabo á Lisboa, y de esta ciudad al Brasil, pues los vientos nos habian sido contrarios; y del Brasil á Bristol. En este punto solo tuve el tiempo necesario de cambiar de buque y me dirigí al Havre, donde he desembarcado hace tres dias, despues de un viaje de diez y seis meses. En fin, ya me veo en mi pais, gracias á la Providencia. Mañana iré á Versalles para hacer la corte al duque de Choiseul, y le recordaré que mi padre era amigo suyo, suplicándole que me emplee al servicio del rey, pues ansio ser útil y prestar mi débil concurso á los proyectos de este gran ministro. Tengo la conviccion que es el hombre que la Francia necesita. Todavía recuerdo cuánto le apreciaba y la gran opinion que de él tenia mi padre. Ya vereis cómo conseguirá que la Francia adquiera su antiguo esplendor, si ya no lo ha conseguido, y cómo volverán los buenos dias de Enrique IV, de Richelieu y de Luis XIV. ¡A su salud! y que el cielo confunda á sus enemigos.

El jóven levanta su vaso y le apura, mientras que

su compañero le dirigia una mirada en que se veia pintado el interés y la compasion. M. Moufflot, que creia haber apercibido el nombre del duque de Choiseul, dirige sus ojos al otro extremo de la mesa. Jacoba, siempre vigilante, se aproxima al jóven extranjero y le hizo un signo fácil de comprender. Entonces hubo un momento de silencio, pues dudaba si continuaria hablando, hasta que el de mayor edad le dijo en voz baja:

— ¿Las noticias que habeis recibido en Calcuta eran sin duda bastante atrasadas?

— Sí, señor, serian de un año próximamente, porque el viajero que las llevó habia recorrido la mitad de Europa antes de embarcarse para la India.

— ¿Y no habeis tenido otras despues?

— Ninguna, porque despues he vivido en medio de los ingleses, que como sabeis, están siempre ocupados de sus negocios y no piensan en los de los demás.

— Entonces no sabeis, caballero, que el duque de Choiseul ha caído en desgracia hace dos años, así como su primo el duque de Praslin: que su sucesor es el frívolo duque de Aiguillon, que ha tomado por su canciller á M. de Maupeu, y por inspector de Hacienda, á un intrigante que se llama el abad Terray, que el Parlamento de Paris ha sido desterrado y reemplazado por un consejo compuesto de favoritos, que á madama de Pompadour la ha sucedido la condesa du Barry, una mujer despreciable, y que bajo el imperio de esta mujer, la Francia ha descendido tanto, que vamos á consentir la division de la Polonia, nuestra antigua amiga y la mas fiel aliada.

(Se continuará.)

El caballo rehacio.

Hé aquí un chalan poco afortunado. No creais, caro lector, que ignorase completamente la enfermedad que padecia la mercancía que le veis presentar en la feria, pues cuando compró el tal caballo, no ignoraba que habia desmontado á una media docena de palafreneros y roto dos tilburis, á los cuales trataban de engancharle; y para colmo de infortunio, habia tambien roto dos costillas á su palafrenero; pero creyó que con su larga experiencia comercial conseguira reducir al feroz animal á la dulzura pasiva de un cordero.

Inútil es indicar que, aunque el método que debe emplearse para conseguir este milagro, no está basado en ningun precepto moral, consiste simplemente en prodigar al animal, durante muchas semanas, una racion de salvado y una planta conocida con el nombre de quetenia; que se mezcla con harina de cebada, y á la que deben añadirse algunos puñados de granos de lino. Este alimento debilitante es, sin embargo, favorable al desarrollo de los tejidos adeposos, que tiene por efecto atenuar su irascibilidad nerviosa. Algunos dias antes de presentarle en el mercado, sus raciones han de ser todavia mas calmantes, uniendo, al efecto, cabezas de adormideras; y otros emplean el opio ú otras drogas soporíferas; y en fin, se le priva del sueño. Con este tratamiento, puede esperarse que se duerma de pié en el momento de la negociacion, y en este caso, el animal no tratará de demostrar sus malos instintos.

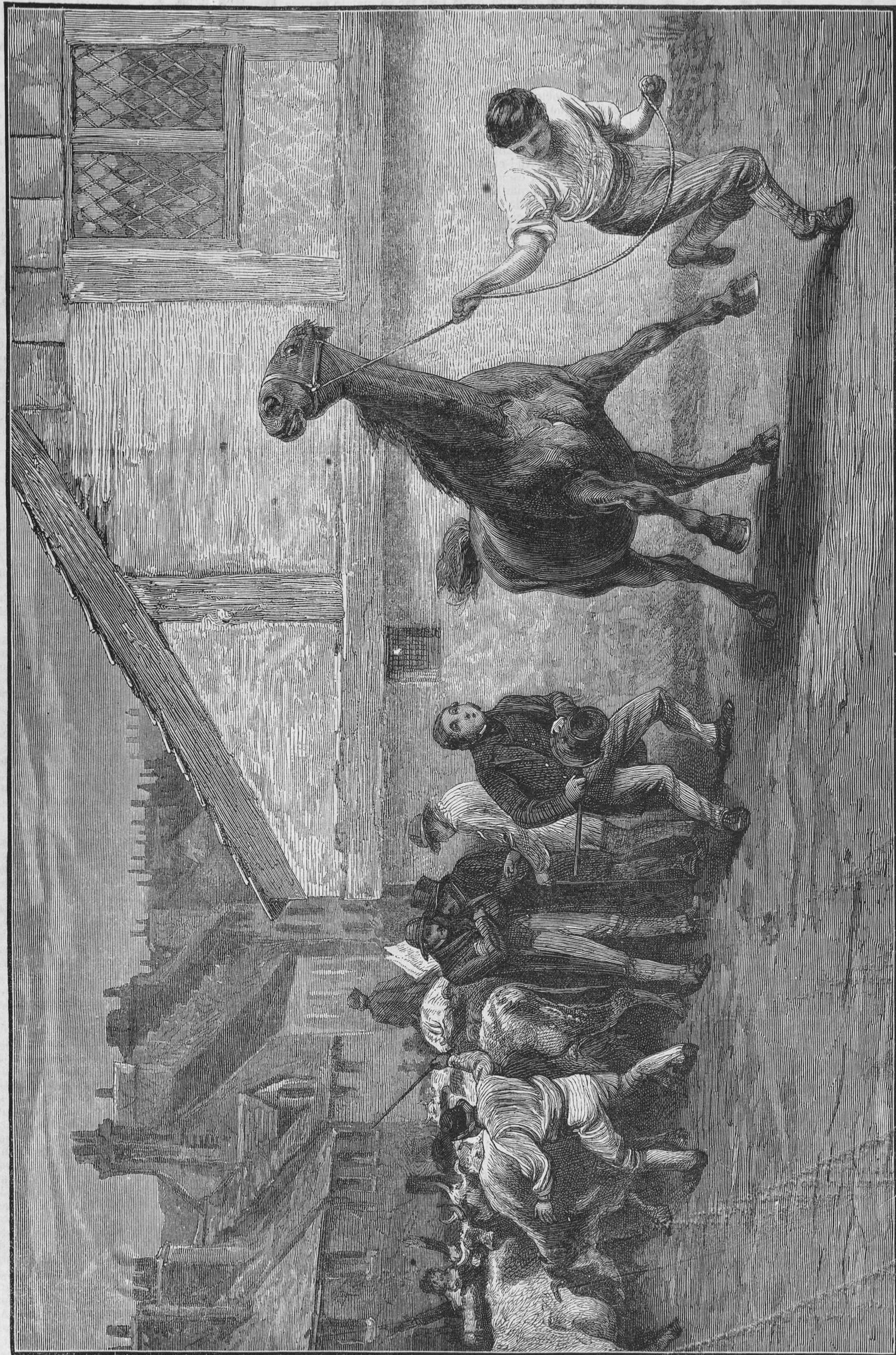
Desgraciadamente, ó por mejor decir, felizmente para el comprador, apenas el palafrenero toma el caballo de la brida, y con la otra mano cogia el anillo del ronzal, tratando de levantar y quitar sus arreos, cuando el animal trata de escaparse; de repente da una brusca huida, y por mas que el chalan se apresura á pegar en su sombrero con el baston, solo por hacer algo, el caballo se encabrita, é indudablemente se le escapará el palafrenero.

Felicitemos al comprador, porque el indómito animal que codicia, le haya revelado sus cualidades, pues de lo contrario, hubiese sido demasiado tarde, y el mal no tendria remedio; no apareciendo este vicio, por malo que sea, entre los once casos terribles, que son: la fluxion periódica de los ojos; la epilepsia; el morbo; los lamparones; las enfermedades inveteradas del pecho; el asma; la inmovilidad; el huérfago crónico; el tiró sin los dientes incisivos; las hernias inguinales intermitentes, y la cojera, tambien intermitente. Hay derecho de pedir que se rescinda el contrato de compra, dentro de los treinta dias, en los casos de fluxion periódica de los ojos y de la epilepsia; y de nueve dias en los otros vicios restantes.

Para terminar, sentiria que hiciérais recaer sobre el pobre caballo la responsabilidad de su deplorable carácter, y aun se faltaria á la justicia que debe rendirse hasta á los animales, si no aseguramos que, si se muestra rehacio sin motivo ni razon, podeis estar persuadido que no es el solo culpable. Con frecuencia el caballo es rehacio por un defecto de conformacion, y en este caso, debemos acusar al sublime Autor que crea á los racionales, derechos unos y otros jorobados; pero las mas de las veces adquieren toda clase de vicios, á consecuencia de los rudos tratamientos de que ha sido objeto por parte de un palafrenero mas bestia que el que está encargado de limpiar.

En general, cuando se ha cometido un crimen, buscad la mujer, ha dicho un jurisconsulto; y cuando un caballo se vuelve rehacio, se puede decir: buscad al hombre.

G. DE C.



EL CABALLO REHACIO.